

Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 25 - Julio de 2011 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



4

Por una camiseta



8

La selva



10

¿Ratas?
¿Las ve?

14

Berrio



18

Se compran gallinazos



21

Cero tango



Universo Centro
Publicación mensual
Dirección y fotografía
Juan Fernando Ospina
Comité editorial
Sergio Valencia
Fernando Mora
Pascual Gaviria
Guillermo Cardona
Juan Carlos Orrego
Corrección
Sergio Valencia y equipo UC
Diseño y diagramación
Gretel Álvarez
Distribución
Érika, Sebas y Gustavo
Asistente universitaria
Yudy Enríquez

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro
Número 25 - Julio 2011
13.000 ejemplares
Impreso en La Patria
universocentro@universocentro.com

Distribución gratuita.

www.universocentro.com

La *perversión* deportiva



Hay personas inteligentes y útiles socialmente, que desmienten su talento y una educación esmerada, vistiendo la camiseta de un equipo de fútbol para afrontar la afrenta del tumulto de un estadio, y convertirse en un elemento en el mondongo de la masa vociferante de olores amotinados de sudor, orines y fritanga. Algunas, poetas y novelistas que no escribieron con los pies y que saben que la cabeza no sirve solo para criar piojos, defienden la pueril debilidad con el cuento de que necesitan relajarse, mártires del stress, o con la pragmática afirmación de que ir a fútbol es la única cosa razonable que se puede hacer con un domingo que es el bobo de la familia de los días, amarillo, estéril y casi siempre largo. A veces esgrimen el nombre de Albert Camus. Que incluso llegó a ser portero, explican, de la selección argelina. Y extremando la insensatez, toda pasión es insensata, algunos incluso escribieron futbolísticos cuentos, sonetos en alejandrinos a la Alejandro Brand y guiones cinematográficos donde mezclan los goles de verano de los barrios pobres del trópico anotados y cantados en una cancha polvorienta junto a un basurero, el bendito conflicto armado, una novia obrera, y una guaracha de música de fondo. Los intelectuales modernos son propensos a asumir los amores de lo que llaman el pueblo, aunque los mimen en lo seco, al amparo de una biblioteca surtida y atendidos por una señora de por días.

La literatura latinoamericana está llena de ejercicios deportivos sentimentales, tirando en ocasiones a épicos. Que confunden la compasión por los humildes con la ostentación de la habilidad retórica. Pero no es criticable. En tiempos de Guillermo el Conquistador también se glorificaba a los triunfadores en las justas, supongo, y ahí está Píndaro.

Y cuando se emborrachan, estos amigos míos se deshacen en las aguas floridas del elogio, en estentóreas exaltaciones de las piernas de algún muchacho de Tumaco que comparan con los bailarines rusos, los magos chinos, y con el nonplusultra de lo humano, que quienes no fuimos a Oxford ni a Heidelberg nombramos aquí el verraco de Guaca o el putas de Aguadas. El fútbol es la máxima expresión de la inteligencia, no es solo pies. Precisa del genio de los ojos y de la malicia para el driblar y de la nietszchena impiedad para humillar un adversario con farolitos repetidos y ordeñamientos condenables, y el espíritu de profecía para adelantarse a sus decisiones. Ah, pero el fútbol también prepara a

los hombres para la solidaridad y el valor, para el sacrificio, y la paciencia de perder con grandeza, la nobleza de ganar sin orgullo, y la sabiduría de saber que todo nos sucede, victorias y derrotas, pero a pesar de todo hay que esforzarse. No advierten que el fútbol así visto también copia las hablas de la guerra. Y que los porteros se fusilan, los delanteros disparan, el árbitro decreta la pena máxima, y cobra un capitán de equipo.

Los pueblos arcaicos necesitaron los deportes para absorber la energía sobrante en la gruesa monotonía de la horda. Sociedades de animales de presa, por el juego de pelota y las luchas cuerpo a cuerpo, singulares o por bandos, que dieron origen al deporte moderno, mantenían en los jóvenes de la tribu el entusiasmo por el homicidio. Y hoy las turbas deportivas prolongan los rituales de los estadios en el frenesí destructivo, el incendio, y la asonada, en recuerdo de los deportes madres. Algunos se identifican con el león o el oso, otros con una soberbia ave de rapiña encrespada, y otros, como nosotros, con la mayor de las carroñeras. Hace años en Centroamérica hubo una guerra justificada en razones futbolísticas. Y todos los días un pequeño imbécil babeante acuchilla a otro porque lleva una imbecilizante bandera babeada hacia alguna parte.

La adhesión al equipo de fútbol devuelve a ciertas personas a los instintos primarios y aniquila en lo multitudinario lo único que tenemos sagrado: el derecho a la soledad y a tener miedo. Los deportes, empezando por el ajedrez que tiene la ventaja de ser un deporte seco, son guerras virtuales, simulan batallas, son juegos de poder. Los chibchas y los aztecas borrachos de chicha realizaban en fechas marcadas marchas inhumanas entre Choachí donde nace la luna y Chía donde reina, y remataban la competencia en las matazones de las guerras floridas. No es cierto que el fútbol una, congregate, o adecente. A lo sumo amontona. Y en ocasiones embrutece. Como la religión, los deportes deberían ser llamados opios del pueblo. Dicen los que trotan que producen sus propios éxtasis. Y que las dopaminas que se segregan en el ejercicio físico inducen un estado semejante al que inducen la oración en los piadosos, y el alcohol en los descarriados. El orden, según eso, debería requisar las raquetas.

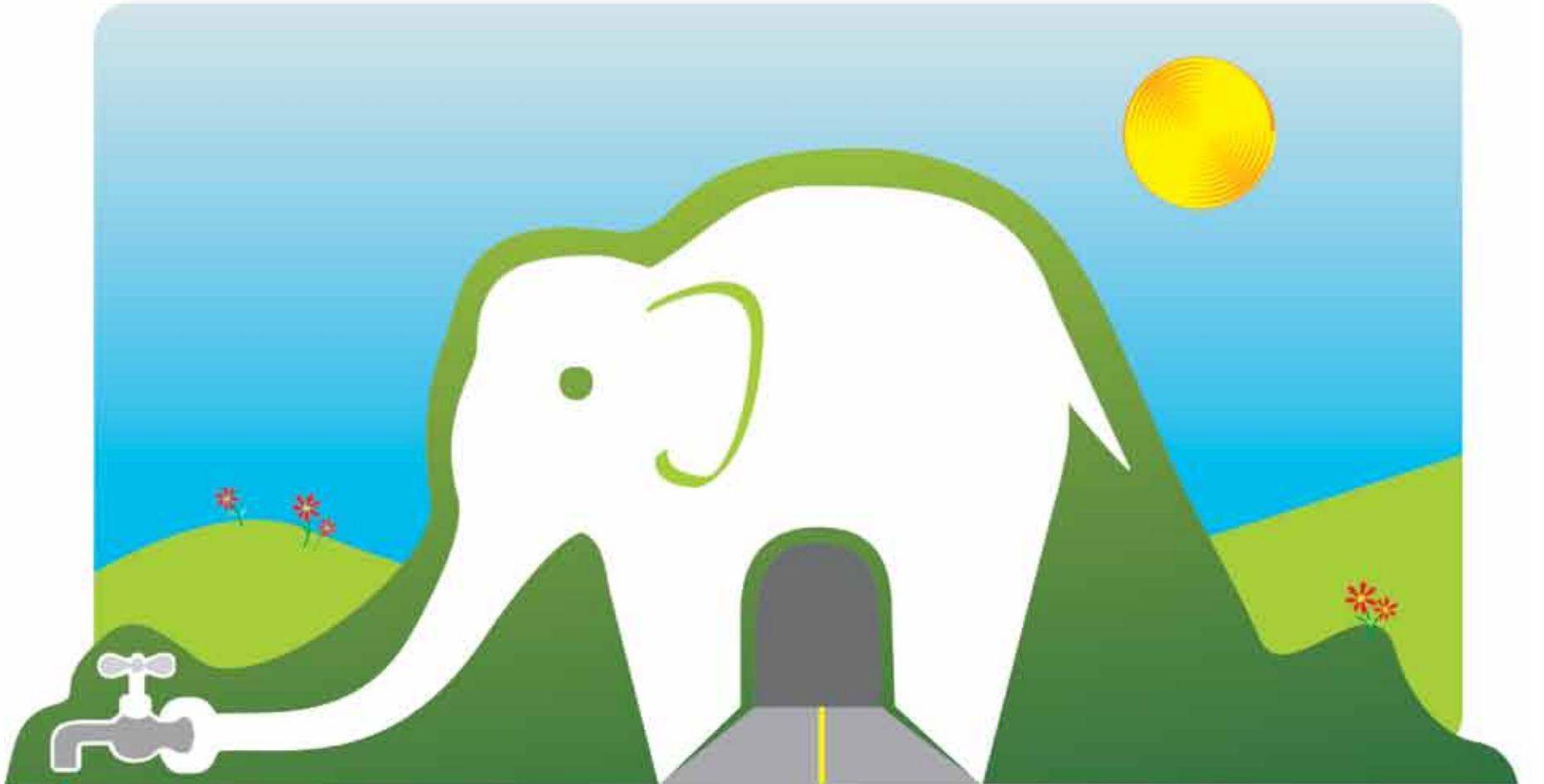
La miserable condición del más hermoso de los atletas, Cassius Clay, reedita la lógica de las competencias entre los precolombinos que sacrificaban los ganadores a los dioses. Si quieres conservar la vida, estás obli-

gado a perder. O mejor, evita competir. ¿Y las tribus de Inglaterra de antes de la invención del balón no recurrían a las cabezas de sus vecinos como hacían ayer tan solo los crueles paramilitares colombianos en sus orgías con vallenatos? Yo que puedo contar con los dedos de Vargas Lleras las veces que fui a un estadio, de cuando en cuando sin embargo me detengo a mirar los partidos de fútbol de los hijos de los tenderos de un vecindario en una manga llena de desniveles, perfectamente no reglamentaria, que a veces descalzos hacen rebotar los balones en piedras aprendidas para enloquecerlos el efecto. Y eso se me parece a la alegría. En cambio me es imposible obviar lo trágico y lo trivial en el gran circo de los grandes equipos de fútbol. Y qué es un equipo de fútbol. Una bandera. Una secretaria. Un combo de avivatos encorbataados, y de bolsillos ávidos. Y unos muchachos recogidos en villasmiserias de Buenos Aires, pantanos de Nigeria, y favelas de São Paulo, sometidos al engranaje formidable de la industria moderna del sudor, que los convierte en multimillonarios para consuelo. La crónica moderna de la estupidez humana cuenta con las bravas barras, y la biografía de Maradona.

Que los deportes contribuyen a la buena salud es un prejuicio. Mucha gente también se muere de gimnasio. El sicoanalista neofreudiano Wilhelm Stekel afirmó apoyado en una vasta experiencia clínica que los futbolistas a veces se convierten en impotentes precoces. Y si la promesa de la bicicleta es que acabaremos pareciéndonos a Peñalosa o a Mockus uno mejor se baja y camina. Yo he visto caer muchos amigos queridos bajo los árboles de un parque mientras se entregaban a sus ejercicios matinales en sudadera. Un futbolista africano murió con el corazón reventado en pleno partido por una copa insípida. Y solo puede ser una antihigiénica muestra de cofraternidad, eso de rematar los enfrentamientos cambiando de camisetas, como he visto. Qué asco la camiseta del Pibe o de Pelé, después de noventa minutos de sudarla. Y supongo que peor olerá la de Kaká, que lleva ese nombre cacofónico. Y cacósmico. Yo creo que entre todas las actividades que obligan a sudar y conducen al júbilo de la taquicardia, las únicas que valen la pena son los deportes de cama. Lo demás es desperdicio, vana deshidratación. Aunque en algunos el gol provoque un estallido semejante al orgasmo. ^{UC}

Eduardo Escobar

LA CRUZADA DEL ELEFANTE BLANCO



Daniel Echeverri Sánchez. Ilustración lacazadora

Dicen los expertos que en nuestro país sólo un animal se encuentra lejos de estar en peligro de extinción. Se trata del maravilloso pero muy común elefante blanco, que encuentra en Colombia jugosos pastos para seguir creciendo y engordando.

Al parecer, en el oriente antioqueño, cruzando la bella Santa Elena y perforando dos montañas, se intentará levantar el santuario del majestuoso animal. Será un vasto territorio en el cual se construirá un intercambio vial en el sector del seminario para integrarlo con la vía Las Palmas; luego un túnel corto de 786 metros al cual le sigue una vía a cielo abierto de 4,4 kms. hasta llegar al túnel de Santa Elena de 8.1 de longitud para unirse al acceso oriental, mediante un viaducto que comunicará con la glorieta del aeropuerto José María Córdoba. Tan espléndida obra tendrá por nombre Conexión Vial Túnel Aburrá Oriente.

La gran idea data de 1966, cuando obviamente no existía el aeropuerto internacional, tampoco la doble calzada de Las Palmas, la autopista Medellín Bogotá seguramente era una trocha y mucho menos que eso la ruta a Santa Elena. Para entonces el Túnel de Oriente pudo verse como un proyecto muy interesante y hasta factible desde el punto de vista de proyección y accesibilidad al oriente antioqueño.

Cuando empezó toda esta historieta —que seguro el gobernador de turno veía, con orgullo, como un ejemplo más del tesón y la pujanza paisa—, algo de sensato tenía el proyecto. Claro, sin entrar en consideraciones de tipo ecológico y ambiental, que ese es otro asunto. Que no existiera una vía que comunicara rápidamente a Medellín con esa parte del Oriente fue la justificación que dio origen a todo este embrollo que hoy se ha generado en torno al túnel de oriente, después de haber estado inmóvil durante mucho tiempo. ¿Hará falta romper dos montañas y gastar alrededor de un billón de pesos para un proyecto que economiza en tiempo 20 minutos para ir al aeropuerto, a la finca de Álvaro U. y a las de todos sus amigos?

En 1966 el proyecto podría confundirse con un acto encaminado al *progreso* de una región, pero hoy ese supuesto, caballito de batalla de quienes pretenden realizarlo a toda costa, es realmente dudoso, más aún cuando la palabra progreso ha entrado en franca decadencia, pues no sabemos qué significa ni qué persigue, y sólo podemos dar por cierto que en honor al progreso se autoriza la deforestación progresiva, se desafectan zonas protegidas por su carácter de reserva forestal y se quebrantan y desconocen leyes que, en condiciones normales, impedirían que el proyecto fuese viable.

Dicen Luis Alfredo, Álvaro y sus seguidores y amigos, cómplices, beneficiarios y vecinos de las fincas de recreo del Valle de Sajonia (donde desemboca el túnel), que los *hippies*, amantes enfermos de árboles y pajaritos, se oponen al avance de nuestra gloriosa región, que su exacerbado ecologismo no les permite ver lo grandioso de esta megaobra, que no alcanzan a entender que el ahorro de 20 minutos, pagando un peaje que hoy sería de \$15.000, es una extraordinaria idea que justifica la perforación de dos montañas y la consecuente filtración y pérdida de aguas en Santa Elena a razón de 185 litros por segundo (según estudio que fuera realizado por la firma Integral S.A. y puesto en conocimiento de todos aquellos promotores del proyecto). Los gestores dicen tener todo bajo control y juran que monitorearán permanentemente las filtraciones de agua. Sin duda tendremos un detallado registro de cómo se acabará el agua en Santa Elena.

Pero eso no importa, son males menores comparados al gran servicio que prestará el túnel al ahorrar esos 20 minutos, y que atravesando siete fallas geológicas jamás sufrirá deterioro alguno, por lo que finalmente se podrá abandonar el mantenimiento del kilómetro 10+700 de la vía Santa Elena y de la doble calzada, que valga decir, opacó por mucho tiempo la idea del Túnel de Oriente pues en su momento fue la supersolución de comunicación con el Oriente.

Al parecer un enorme porcentaje de la población paisa no ha entrado al debate porque desconoce las graves consecuencias que el proyecto puede acarrear. Don Álvaro y don Luis se han empleado a fondo en la defensa del túnel con el argumento del progreso, pero sin dar muchas pistas acerca de los riesgos ambientales y de los chuecos jurídicos que todo este asunto ha generado, pues poco se ha dicho de la demanda de nulidad interpuesta en contra de licencia ambiental otorgada (que al prosperar fue paradójicamente apelada por Cornare, ente encargado de velar por la defensa del medio ambiente), ni del abandono en que podrían quedar sumidas las carreteras alternas, ni del creciente proceso de erosionamiento que la región podría sufrir.

Estas líneas no alcanzan a entregar un completo panorama de las irregularidades y omisiones en que se ha incurrido para garantizarle el curso al proyecto Conexión Vial Túnel Aburrá-Oriente contra viento y marea, pese a la resistencia de habitantes de Santa Elena y Rionegro (nativos o no), grupos ambientalistas, *hippies*, personas sensatas, etc. A estas alturas, lo único claro para los opositores del megaproyecto es que en aquellas montañas por donde pasarán los túneles, no quedará vivo sino un animal: El Elefante Blanco.

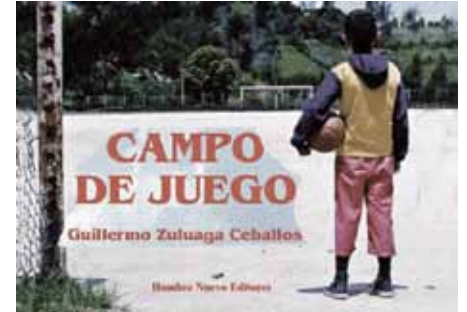
Nota: Para mayor información sobre el proyecto puede visitar tuneldeorienteblogspot.com



El fútbol entrega contraseñas en todos los campos. La complicidad de sus números, sus colores, sus nombres. El balón recordado es más poderoso. La camiseta de Lóndero haciendo milagros en las canchas del Caguán. Una crónica del libro *Campo de juego* que acaba de tener su pitazo inicial.

Por una camiseta

Guillermo Zuluaga Ceballos. Ilustración Cachorro



Con el pragmatismo típico de los comerciantes antioqueños, cuando recuerda aquella camiseta del Atlético Nacional piensa que esta le generó afinidad con un cliente, y eso redundó a favor de sus ventas.

“Es una historia simpática. Regalar esa camiseta significó lo que llaman *fidelización* con el cliente. Él llegaba a Bogotá y siempre iba a mi empresa, incluso me buscaba a mí en el almacén, porque fui el primero en atenderlo”. El empresario Efrén Cardona trata de explicarle el asunto al periodista, mientras comparten un café en un exclusivo club social en Anapoima, Cundinamarca. “Y además me generó afinidad, porque cada vez que venía desde San Vicente del Caguán, me hablaba de ella”.

Ver la cara de felicidad del hijo de su cliente, a mediados de los años 80, le generó una austera sonrisita, algo paternal. Quince años después, gracias a esa misma camiseta, rayaría en su rostro sonrisas más trascendentes, cuando aquel regalo contribuyera a la solución de uno de los asuntos más complejos de su exitosa vida empresarial.

Iniciado en el ciclismo competitivo, Efrén Cardona dejó las bielas y las caramañolas a finales de los años 70, y en compañía de un amigo montó una empresa ferretera en el centro de la capital colombiana. Pero aunque se radicara en la fría Bogotá, su vida y sus intereses seguían orbitando en torno a Antioquia, donde quedaran ancladas sus raíces, donde vivían sus padres, donde estaban sus amigos y su gente. Como la mayoría de jóvenes de la época, Efrén tenía hipotecada una parte de su corazón al Atlético Nacional.

“En ese tiempo viajaba mucho a Antioquia. Iba y venía constantemente. En una de esas idas me fui a ver un clásico entre Nacional y Medellín. Yo era hincha del Nacional, aunque no soy un fanático. Ya ni recuerdo el marcador final, pero cuando salí del partido, como en las afueras vendían camisetas de los jugadores, mi familia quiso regalarme una”. Le preguntaron qué número quería y él no hizo amagues ni tuvo dudas: pidió la 10, pues aún se vivía el fervor de la 10 *amarelinha* más famosa hasta entonces, la de Pelé. El mismo número llevaba en el dorso Hugo Horacio Lóndero, delantero letal a quien viera portar la camiseta un rato antes.

“Era una camiseta ordinaria, de combate”, resume. Pero, ordinaria y todo, tenía el valor afectivo que le imprimió el gesto familiar, y fue lo primero que empacó de regreso a Bogotá. “La coloqué en una de las paredes de la empresa, al lado de otras insignias del arriero antioqueño: un zurriago, un poncho, un carriel, un sombrero Barbisio de los que mi padre usaba. Era un pedacito de Antioquia, como lo hacemos todos los empresarios que montamos algo por el mundo”. Para preservarla del polvo y para limpiarla más fácilmente, la metió en una bolsa transparente y la acomodó junto al poncho. Ahí estuvo varios años.

La camiseta se convirtió en parte del paisaje del local, al lado de tenazas, varillas, tuercas y aluminios. Llamaba la atención de los clientes aunque para ese entonces las delicias del fútbol colombiano las brindaban los encopetados América, Millonarios y Deportivo Cali.

“A mí me compraba un señor de San Vicente del Caguán. Se llamaba Láder Cuéllar, y su hijo también se llamaba así. En el 85 vino con la familia a Bogotá, y en una de esas los invité a un *corrientazo* aquí en el al-

macén. Almorzamos huesos de cerdo y gallina criolla, cinco personas, ahí en el escritorio. Mientras comíamos se fijaron en las paredes, y el hijo me contó que jugaba fútbol”.

—Y eso, ¿dónde? —preguntó el empresario.

—En mi escuela: soy de la selección, soy delantero.

Mientras hablaba con el chico, este se interesó en la camiseta, que estaba colgada frente al sitio donde almorzaban. “Le expliqué que era del mejor equipo de Colombia”, dice sin modestia el empresario.

—¿Y por qué no me la regala? —le dijo el chico—. Me la quiero poner cuando esté grande.

—Todavía estás muy chico, mejor yo te regalo una cuando estés más grandecito.

El chico no aceptó la disculpa y le dijo que se la quería llevar, ante lo cual el empresario la bajó y se la regaló. “El niño se la puso inmediatamente. Le llegaba casi a los tobillos. ‘No, yo la voy a organizar’ decía, y se fue muy contento. Eso me generó afinidad con su padre”.

La ferretería creció y para finales de los años 90 era una de las más grandes de Colombia, con sucursales en las principales ciudades. Efrén tuvo que dejar el mostrador y atender asuntos más importantes, relacionados con grandes compras, importaciones, entre otros. El éxito que logró como empresario llevó a que

otros ojos se fijaran en él: a finales de 1999, Ramiro, su hermano menor, fue secuestrado en el norte de Bogotá por el Frente 34 de las Farc.

Desde que supo del secuestro de su hermano, Efrén, quien gracias a sus éxitos como empresario había incursionado en el mundo político y fungía de Senador de la República, comenzó a hacer todo lo posible por lograr su regreso a casa. Seis meses después estaba en su oficina, imbuido en sus asuntos políticos y empresariales, cuando le pasaron una llamada telefónica. “Que era don Láder Cuéllar, me dijeron. Para mí fue una sorpresa. Dudé en pasarle”.

Don Láder le contó que se había enterado del secuestro de su hermano. Le recordó que él vivía en San Vicente del Caguán, en plena zona de distensión, decretada por el Presidente Pastrana para los diálogos con la guerrilla de las FARC, y le ofreció acompañarlo si deseaba viajar a hablar con los responsables. “Me dio un poco de miedo eso de ir, máxime con lo del secuestro de mi hermano, pero sabía que era una de las opciones para poder liberarlo”. Pero agradeció la atención y rehusó.

Otra mañana recibió una llamada de Láder, hijo. Este le hizo un pedido para su estación de gasolina y sus talleres (que, entre otros, tenía como principales compradores a los guerrilleros afincados en la zona).



Luego de acordar el envío, Láder hijo le contó que a su padre lo había matado la guerrilla, pues no había podido pagar un rescate y, además, se habían quedado con una hacienda de mil hectáreas. Láder, sin embargo, se puso a su disposición nuevamente y le comentó que tenía cercanía con los que tenían a su hermano.

Ante el nuevo ofrecimiento, el empresario lo pensó. Se sumó a ello que el párroco de San Vicente del Caguán, el padre Miguel Serna, fue compañero de estudio de uno de sus cuñados y éste lo contactó con él.

En esos ires y venires, la inteligencia del Ejército descubrió que a su hermano Ramiro lo iban a matar y que su cuerpo —se dijo en una conversación interceptada a la guerrilla— lo tirarían sobre la vía a Villavicencio. “Me entró un desespero cuando supe. Un día jueves me llamó un Mayor del ejército y me dijo que si no arreglaba ese fin de semana, a él lo iban a matar. Me reuní con un Mayor de la Policía, jefe de mi seguridad, y con un representante del gobierno, y les hablé de la necesidad de viajar y que tenía dos contactos allá: Láder y el padre Serna.

Debido a su investidura de Senador de la República, le recomendaron que no viajara. También la familia se opuso al viaje. “Pero mi conciencia me recomendó que fuera. Pensé inmediatamente en Láder. Supe que en su bomba de gasolina se aparecían a las cinco de la mañana ‘El Abuelo’ Marulanda —como lo llamaba Láder—, Jojoy y todos sus comandantes. A veces él me llamaba y me decía: ‘Aquí estoy tanqueándole a Jojoy, si quieres te lo paso’. ‘No, no, no...’, le decía; me daba miedo”.

“Sin embargo —agrega— pensé en él cuando tomé la decisión. Lo llamé y me dijo: ‘Véngase para acá, que usted se manejó muy bien conmigo. Recuerdo la camiseta que me regaló y le quiero pagar ese favorcito”.

Pese a todas las recomendaciones, Efrén salió un martes para la Zona de Distensión. “Láder me esperó en el aeropuerto —tenía *pasaporte* para viajar por la zona desmilitarizada— y me llevó a la casa cural. Estuve allá hasta el domingo”. Durante esa semana se reunió con mucha gente, pero con quien más estuvo fue con Láder, que para entonces ya tenía unos 30 años. Con más calma, sin el teléfono de por medio, hablaron sobre la muerte de su padre.

—¿Y cómo es que usted ahora tiene tratos y le vende insumos y gasolina?

—Si no lo hago, a mí también me matan —respondió Láder, tajante y seguro.

Entre conversa y conversa, el tiempo fue espesándose en San Vicente del Caguán. Láder lo contactó con una médica terapeuta, amiga del Mono Jojoy. El viernes fueron hasta Los Pozos Colorados. Efrén estuvo a unos 50 metros del Mono, pero este no atendió peticiones y no quiso recibirlo. El desespero comenzó a hacer metástasis y ya el miércoles, ocho días después del viaje y a punto de devolverse, la enfermera fue a buscarlo hasta la casa cural.

Efrén Cardona pudo reunirse con el Mono Jojoy. De aquel encuentro quedó grabada en su mente la gran despensa de whisky Sello Azul que tenía aquel hombre que predicaba en contra del imperialismo y que atacaba la burguesía, como también el hecho de que haber sido deportista en otra época le allanara el camino para que la conversa no fuera tan tensa. Y entre whisky y whisky fueron logrando acercamientos.

Esta historia tuvo final feliz, pues gracias a esa conversa pudo llegar a un acuerdo y su hermano Ramiro pudo regresar a la libertad tras 18 meses de secuestro. Hoy, con la calma y las cicatrices que va borrando el tiempo, Efrén considera aquella historia “simpática”, y asume que esa camiseta marcada con el número 10 fue determinante.

“Lo clave para destruir ese secuestro fue el contacto que me hizo Láder. Y creo que él me llamó para ponerse a mi disposición por el hecho de que siendo niño, jugador de colegio, pudo ir a Bogotá y vestir una camiseta que quizá de otra forma no hubiera logrado”, dice Efrén, y puntualiza el asunto: “Creo que él cumplió un sueño infantil y por ello sentía que aún me debía”.

Láder terminó volviéndose hincha furibundo del Nacional, como se lo contó en una charla durante la semana de estancia en el Caguán. “La camiseta seguro que se acabó pero le quedó un buen recuerdo. Y una decisión de ser hincha del equipo”. Efrén Cardona, quien gracias a la camiseta pudo lograr la libertad de su hermano, menciona el asunto y vuelve con su sonrisita socarrona. Para él, quien nunca se ha considerado fanático, el fútbol y su indumentaria no deberían ir más allá de ser un asunto meramente deportivo.

“Yo no entiendo cómo es que se matan en un estadio por una simple camiseta”. Lo dice él: ipor una simple camiseta! ©

Dos periodistas colombianos que viajaron para cubrir la Copa América en Argentina vivieron un hecho histórico: el descenso de River Plate a la B. Un recorrido en taxi dos días antes de la debacle, la inspección en las afueras del estadio, momentos previos al partido y el sufrimiento gallina desde un cafetín en el barrio Núñez componen esta pieza escrita a cuatro manos, exclusiva para UC.



El día en que River Plate descendió al infierno

David E. Guzmán y Gloria Estrada. Ilustraciones Verónica Velásquez

El taxista millonario

Era un viernes a la noche en Buenos Aires, dos días antes del inédito y fatídico descenso de River Plate a la categoría B del fútbol argentino. El viento frío peinaba las calles cada vez más desoladas y humedecidas y la temperatura helada se incrustaba en cada hueso. Dolió dar cada paso. Cuando llegué al cruce de la avenida Rivadavia con Callao, en el barrio Congreso, decidí tomar un taxi. Ya el subte estaba cerrado y para viajar en bus debía caminar varias cuadras más con esa espada de hielo atravesada en el pecho, que me hacía circular frío polar por las venas en lugar de sangre tibia.

Canoso y mechudo en los parietales, y con la coronilla calva, el taxista siguió por Callao. Tras saludar y comentar sobre el clima, empezó a hablar del partido que ese domingo jugaría River contra Belgrano: la última oportunidad que tenía el equipo Millonario para no manchar su historia definitivamente. El taxista casi no movía la mandíbula para hablar y tenía una voz enredada que salía con dificultad, pero una vez afuera sonaba aguda, a un ritmo vertiginoso, mientras arrugaba el ceño. Parecía dictando cátedra, con una seguridad y neutralidad sospechosas.

“River es una institución. No puede descender, no va a descender, ya vas a ver vo”, decía el hombre subiendo por la calle Sarmiento, en un monólogo, ansioso por hablar, por creer lo que él mismo decía: “Habrás penales en ese partido, acordate de mi”. El tipo a simple vista parecía normal, tranquilo, pero al escudriñar su comportamiento se adivinaba su angustia. Era como si en el fondo supiera que River iba a descender, pero confiaba ciegamente en que por algún lado se iba a solucionar la situación. “Ya vite lo que dijo Grondona papá, River no descende, ¿vo sabé cuánta guita pierden todos?”, decía el canoso, sugiriendo -y aceptando de plano- que el poder, los millones, iban a salvar a River de caer humillado, ultrajado, a la B.

Hasta ese momento el taxista no había dicho que era hincha de River. Y sabiendo que mi intervención iba a punzarlo en algún lado de las costillas, le pregunté de qué equipo era. “De River”, respondió como si fuera obvio pero con el tono más grave, más pausado, por el dolor que le producía decirlo. Y de un momento a otro pasó de futbolero neutro a hincha de River. Viajamos unos centenares de metros más, y el taxista, ahora con más propiedad, atacó a Pasarella, a J.J. López y se quejó del proceso nefasto que ha vivido el equipo de la banda cruzada en los últimos años, sobre todo por la paternidad de Boca: “Nunca pasó algo así”, dijo con nostalgia, no mirando la calle sino el horizonte.

Allí, en la calle Malabia, en Villa Crespo, antes de que me bajara, repitió el *leit motiv* de la carrera, dando por hecho que todo estaba arreglado: “Habrás penales, acordate de mi. River no descende, no puede descender”.

El día B

El domingo 26 de junio había llegado y con el orgullo en juego, con los nervios tensionando todo lo que va de las bolas al cuello, no importaba ya lo futbolístico, ni lo administrativo. En eso, el viaje de River a la B había comenzado hacía semanas, meses, incluso años. Lo importante ahora era zafarse del descenso y si el asunto era por medio de poder y dinero, bienvenido, así sería. La AFA no va a dejar que las gallinas se vayan a la B, era lo que se pensaba. Pero lo que al principio del torneo clausura 2011 era un fantasma, en junio era una realidad latente que, para los hinchas del fútbol y de River, no podía ocurrir. Como fuera había que cambiar el curso de la tabla y conservar la historia. Ante la impotencia futbolística valía la plata: sobornar al árbitro Pezzota, comprar penales o incentivar a los muchachos de Belgrano de Córdoba con un buen fajo. El fútbol argentino, como varias veces ha pasado, se llenó de suspicacias con el tema del descenso de uno de los más grandes del país. “Tengo la sensación de que River no va a jugar la promoción”, había dicho Grondona, presidente de la AFA, calentando la polémica cuando la catástrofe plumífera ya era inminente.

Tres horas antes del partido, los seguidores de River habían empezado a tomarse, de a pocos, las estaciones del subte verde, la línea que oye música clásica y llega a Núñez tras pasar por los barrios de Palermo. Los hinchas abordaban los trenes en silencio, meditando. Sentados en las butacas con aire de preocupación y las miradas puestas en la nada, las manos entrelazadas y una sola idea en la cabeza: no descender. Como si estuviera en sus pies el futuro del equipo.

Para llegar al monumental es preciso bajarse en la última estación de esa línea D del subte, Congreso de Tucumán, y de ahí caminar algunas cuadras por la avenida Congreso. El barrio Núñez, que rodea el estadio, está lleno de casas elegantes que en un invierno como este, de temperaturas entre cero y diez grados centígrados, se mantienen bien cerradas, dejando ver no más una que otra bandera de River colgada en las ventanas.

Desde la estación del subte podían verse ya los policías. Se confundían con los aficionados que también caminaban en dirección al estadio. En la ruta, apenas se veían algunas banderas ondeando y uno o dos hinchas intentando contagiar a los otros con un canto que no encontraba eco. Eran sólo un montón de hombres, muy escasas mujeres, ansiosos todos, que caminaban callados, con el uniforme puesto y bien abrigados.

Ese trayecto tenso y silencioso fue interrumpido por el paso de la hinchada contraria que ingresaba por Congreso a bordo de siete buses de dos pisos y con una avanzada policial que hacía sonar sus sirenas. Desde las ventanillas de los vehículos, como presos, los hinchas azules de Belgrano le daban golpes a los vidrios para que los vieran y hacían gestos, juntando la pun-



ta de los dedos de una mano, sugiriéndoles que tenían culillo, que se les estaba arrugando. Y luego hacían el gesto premonitorio de que descenderían: con los dedos pulgares hacia abajo. De la calle, por supuesto, las gallinas respondían con la mano en el pecho y hacían la mímica de que ellos eran unos chiquititos.

El ambiente ya estaba caldeado. Los contrarios venían alegres y subidos de nota por la victoria. Los locales, tras cinco años de torneos malos, sabían que su equipo estaba débil y más por amor que por convicción iban a apoyar al equipo, tenían que apoyar al equipo. Porque aquí el fútbol es una obligación.

Dos a cero, le gritó un aficionado a un periodista. Pero eso no parecía creérselo ni él mismo. Ni los cientos de aficionados que faltando media hora para comenzar el cotejo todavía estaban entrando para llenar hasta el último lugar de las tribunas del Vespucio Liberté. Un par de veces, dos o tres hombres iniciaron una estrofa y, otra vez, se quedaron sin eco, sin aire. Parecía un velorio la escena en las afueras del estadio. Sin embargo, desde allí también se escuchaba el atrueno de tambores y los primeros cantos adentro, en el Monumental. La hora de jugarse la dignidad y la vida con el balón en los pies había llegado.

Llanto gallina en un cafetín de Buenos Aires

Conjunto de sudadera negro, el pantalón con listas blancas a los costados y la chaqueta con el escudo de su equipo en el pecho, zapatos deportivos blancos y gorro

de lana negro con un listón horizontal rojo. Así estaba vestido un hombre en el café-restaurant Chipre, del barrio Núñez, al noreste de la ciudad, a escasas cuadras del Monumental, viendo el partido en el que su River del alma se jugaba la vida en la máxima categoría.

Recién pasaba el minuto cincuenta del encuentro y Belgrano acababa de empatar, lo que hizo que de un movimiento compulsivo y frenético de la pierna derecha, el hombre pasara al llanto. El empate sepultaba a las gallinas. Pero del llanto supe después, muy cerca del final del partido, cuando otro hincha, vestido como él, más borracho que él y con el mismo nudo en la garganta, vino desde otra mesa y se le acercó con la botella de cerveza Quilmes en la mano, ofreciéndosela. Y el hombre se negaba a recibirla. "Vamos a salir, vamos a salir", lo consolaba y le daba palmadas en la espalda como si fuera su amigo. Destrozado de verle la cara roja, los ojos rojos, el corazón rojo, le completó el vaso que tenía a medio llenar.

Atrás habían quedado los minutos de euforia por un gol temprano que le devolvía la esperanza al equipo porteño de remontar el marcador del partido de ida, en el que perdió dos goles a cero frente a Belgrano. Fue en el minuto cinco que Pavone rompía la red cordobesa y la celebración riverplatense en el Chipre fue como en el estadio. Gritos, saltos, abrazos, palmas se tomaron un lugar, con espacio para unas treinta personas pero que esta vez contaba con dieciséis habitantes sedientos de fútbol, alternando la carne y la cerveza con un partido intenso por la necesidad, no precisamente por el buen juego.

Después del gol de Pavone en el primer tiempo y un penal claro a favor de River que no pitó el árbitro, en el

minuto veinticinco, reinó el silencio en el monumental y también en el café del barrio Núñez. Los ojos de los comensales puestos en la pantalla de televisión. Los meseros envolviendo cubiertos en servilletas y alternándose la atención a las mesas. De tan silenciosos que estaban todos, el barman, de corbatín y cejas frondosas, tenía que asomarse de vez en cuando para ver cómo iba el partido, si era que iba todavía. En grupos de cuatro y dos personas, los hinchas del River miraban con miedo. Sólo aquel hombre sufría solo. En silencio, entre lágrimas, bebía su cerveza e ignoraba el maní salado, intacto.


Entre los minutos dieciséis y veinticuatro del segundo tiempo, las llamas del infierno empezaron a arder más alto, cuando Belgrano empató el partido y Pavone erró un penalti que los hubiera puesto un gol menos lejos del descenso.

Pero de penales se había hablado en el entretiempo del partido, según se supo días después, cuando justamente en el vestuario del árbitro Pezzota, una decena de barra bravas de River, con probable ayuda de dirigentes del Club, burlaron la seguridad del estadio, bajaron de las tribunas y abordaron al juez del partido mientras descansaba. "Si no nos cobrás un penal no salís vivo", lo amenazaron, cumpliéndose así la premonición del taxista de que a la fuerza y con el poder podía cambiarse la historia. Pero no fue así. No eran negociables ni el destino labrado por sus dirigentes ni el infierno prescrito para River.

Por eso, el hombre del café seguía llorando frente a la tele cuando el árbitro acababa de señalar el fin, diez segundos antes del tiempo reglamentario porque empezaban a venirse los aficionados encima.


Una mezcla de furia, impotencia y tristeza fue la que alimentó el llanto de los hinchas que la prensa local llama genuinos. Los mismos ingredientes que combinados en los fanáticos de las barras bravas, los violentos, provocaron los destrozos que ya se conocen. "Milicos de mierda", sacó fuerza para gritar el hombre desde su butaca. Rabioso contra la policía que dentro del estadio apuntaba con mangueras a las tribunas, en un intento por frenar el acercamiento de los hinchas enardecidos a la cancha.

Y en el estadio también había otros como él. Que no lo podían creer, que se quedaron estáticos viendo a los jugadores de River llorar en la cancha. El Chipre lo cerraron con la gente adentro. Cobraron las cuentas y dijeron que bien podíamos quedarnos y consumir lo que quisiéramos. Era sólo por si había quilombo que cerraban. Lo habría, era cuestión de esperar unos minutos.

Mauricio Domínguez, como dijo el hombre que se llamaba, salió del café arrastrando los pies, después de pasarse las manos por la cara y por la cabeza, queriendo despertar de la pesadilla y sin poder hacerlo. Se agachó para cruzar el portón enrejado rumbo a la calle donde miles de hinchas provenientes del estadio estaban a punto de arrasar con sus estragos. "¿A dónde voy ahora?", dijo, repitiendo la pregunta. "Y, no sé. No sé". Lo perdí de vista, todo de luto, después de que le dio un puñetazo al portón metálico de un almacén cuyo dueño había cerrado minutos antes. 

Por la concha de mi madre

Francisco Barrios

Parafraseando al hincha de River que es famoso por estos días en youtube, yo soy hincha del Santafe "por la concha de mi madre" (No diré "por la puta que me parió" porque suena feo y porque mi mamá, que en paz descanse, no era ninguna puta). Me explico. En la casa éramos cuatro: mi papá, mi mamá, mi hermano mayor y yo. No sé cuándo supe que el fútbol existía, ni podría precisar en qué momento les pregunté a mis papás de qué equipo eran hinchas. Sé que mi papá contestó "de Millonarios" y mi mamá "de Santa Fe". O tal vez primero le pregunté a mi hermano Nicolás, que también confesó ser de Millonarios. Fácil: el *Pater familias* y el primogénito, un bando; el ama de casa y el segundón, el otro. Y lo que me gusta de seguir siendo hincha del Santa Fe es que es una identificación épica tan primaria, que no precisa de una interpretación demasiado elaborada. Y como nunca podré superar mi complejo de Edipo, ni me interesa hacerlo, ni creo que se pueda, pues nunca voy a cambiar de equipo. 

CORPOZULETA LE INVITA

FORO MADAME BOVARY: MUJER, AMOR Y LOCURA.

Intelectuales y psicoanalistas de nuestra ciudad ofrecerán trece ponencias y un conversatorio a propósito de esa terna que son la mujer, el amor y la locura, referenciados por uno de los pilares del arte: la obra del escritor francés Gustave Flaubert, *Madame Bovary*. Agosto 6 de 7:30 a.m. a 3:00 p.m.

LA CONVERSACIÓN DEL MIÉRCOLES

Un espacio en el que cada mes tomamos como referencia un intelectual contemporáneo y un problema ubicado y desarrollado en alguno de sus textos, a través del cual se avance una reflexión crítica y atenta a las particularidades de la humanidad que configura nuestro tiempo. Durante el mes de Agosto abordaremos el tema "*De una época que supera la dominación masculina... y la de cualquier otro género*". Grupo de estudio, conferencia, tertulia y boletín.

CINE EN CONVERSACIÓN

Ver una película en comunidad y tejer, con la visión particular de cada uno de los asistentes una conversación que rodee el film, permite configurar sentidos cada vez más complejos y más profundos del mismo. Sábados, 5:00 p.m.

Mayores informes: www.corpozuleta.org - info@corpozuleta.org - Tel: 2-34-36-41



andrea
katic
kurk fisioterapeuta

Clínica Medellín El Poblado calle 7 n° 39 - 290 cons. 1301
tel. 352 47 35 cel. 310 413 73 15 andreakatic@une.net.co



sin hacer aspavientos,
sin históricas histerias,
sin dolores trascendentes
ni alegrías triunfales,
ligera, sólo ligera, sencillamente bella
o lo que así solemos llamar en la tierra.

Gabriel Celaya




confiamos en un mañana mejor

www.confiar.coop Línea Confiable: 444 1020

10 x 10
Eventos Bellas Artes 100 años

Holanda
RAÚL MARROQUÍN
EXTERIORES URBANOS Y RURALES

CONVERSATORIO Y EXPOSICIÓN
Fecha: Viernes 12 de agosto de 2011 / Hora: 6:00 p. m.
Lugar: Sala Beethoven del Palacio de Bellas Artes

BRASIL
RODRIGO BUENO
MATAADENTRO


FORO DE ARTE Y ECOLOGÍA
Fecha: Miércoles 24 de agosto / Hora: 6:00 p. m.
Sala Beethoven del Palacio de Bellas Artes

INAUGURACIÓN EXPOSICIÓN
Viernes 26 de Agosto de 2011 / Hora: 5:00 p. m.
Terraza Sede Ayacucho de Bellas Artes, Cr 42 A N° 48 - 86

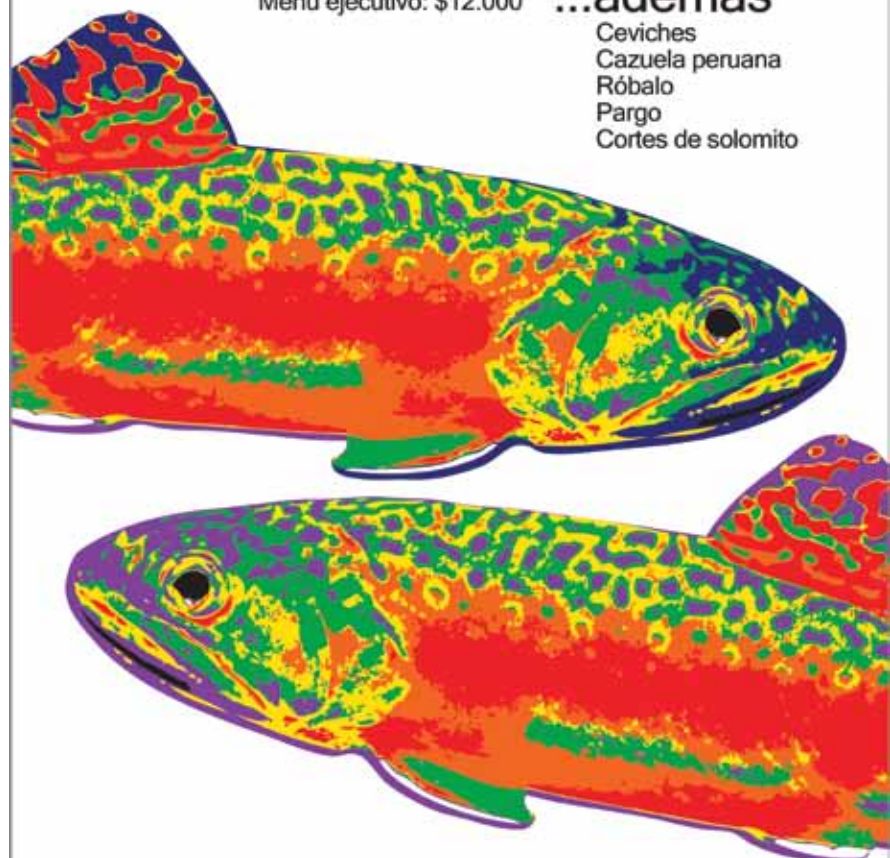


Organiza:  Patrocina:  Medio asociado:  

Informes: 229 14 00
Consulte nuestra programación en www.bellasartesmed.edu.co

El Eslabón Prendido presenta: 
Truchas y algo menos
RESTAURANTE

Menú ejecutivo: \$12.000 ...además
Ceviches
Cazuela peruana
Róbalo
Pargo
Cortes de solomito



Clle 53 No. 42-55
Tel. 239 3400

Abierto domingo a domingo
de 11:30 a 3:30, domingos 11:30 a 5:00

La selva amazónica: ni tan virgen

Alexander Correa-Metrio.

Dicen las malas lenguas que cuando Francisco de Orellana, luego de explorar el Amazonas desde el río Napo hasta su desembocadura en el Atlántico, llegó a la isla de Cubagua en Venezuela, y supo que Gonzalo Pizarro había logrado regresar sano y salvo a la ciudad de Quito, su cara palideció. Tendría muchas explicaciones que darle a su tocayo, el hermano mayor de don Gonzalo, el conspicuo don Francisco Pizarro, conquistador del Imperio Inca. Y el asunto había adquirido visos todavía más oscuros pues, sin saberlo, a Orellana se le había abierto un juicio por traición en España, a donde tendría que viajar, en lugar de entrar triunfal a Quito con la gloria de haber descubierto el río más grande del Nuevo Mundo.

La historia comenzó doce meses atrás, en agosto de 1541, cuando Gonzalo, el Pizarro menor, había convencido a su hermano Francisco de financiar una expedición en busca del País de la Canela. Había sido la ambición de Orellana encontrar El Dorado, o por lo menos el País de la Canela, y así poder alcanzar gloria y prestancia, o por lo menos convertirse en re-

gidor de un territorio. En medio de infinitas dificultades para darle inicio a su empresa, tuvo la suerte de conocer a don Gonzalo, el díscolo hermano menor del honorable Francisco. Pero gracias a don Gonzalo se sensibilizaron las arcas del reino hacia tan admirable aventura y se recibieron los recursos suficientes para emprender, con 4 mil 250 hombres, una de las travesías más disparatadas del Nuevo Mundo. Sin embargo, no todo había salido a gusto de Orellana, pues a cargo había quedado obviamente Gonzalo, quien de vez en cuando le hacía saber quién era el que mandaba, actuando de manera caprichosa, sin seguir sus planes y desatendiendo sus consejos.

La oportunidad de deshacerse de la cabeza de la expedición, del Pizarro inconveniente y llevado de su parecer, se presentó tan pronto la expedición dejó las montañas de los Andes. El carácter insensato y excesivo de Pizarro había llevado a la expedición a un casi seguro fracaso. En cuestión de semanas ya estaban sin comida y habían perdido más de 3 mil 200 hombres entre desertores y muertos. Entonces, al llegar al Río Coca, el 22 de febrero de 1543, la expedición se partió en dos; mientras Orellana avanzaba en una barcaza en

busca de provisiones y ayuda para los enfermos, Pizarro esperaba su regreso. Ahora bien, mientras algunos historiadores aseguran que dicho fraccionamiento se dio por órdenes de Pizarro, otros afirman que fue sugerencia de Orellana, quien estaba seguro de que Gonzalo no podría defenderse por su cuenta, y que dado su carácter débil de niño mantenido, sería devorado por la selva. Cualquiera fuera el origen de la iniciativa, lo cierto es que don Gonzalo Pizarro fue abandonado a la buena de Dios por sus fieles subalternos y que se quedó en medio de la manigua esperando como Noé el cuervo del diluvio. No tuvo entonces mas remedio que tratar de regresar a Quito, y para sorpresa de muchos, lo consiguió.

Entre quienes acompañaron a Orellana en busca de provisiones, se encontraba el dominico Fray Gaspar de Carvajal, desde un principio encargado de las memorias de la travesía. Su retórica sería la encargada de contar a presentes y futuras generaciones cómo el glorioso hermano menor de Francisco Pizarro había descubierto el País de la Canela. Sin embargo, como hombre de Iglesia, Fray Gaspar debió seguir su instinto y tomar partido por el que mejor posibilidades tenía de sobrevivir, en este caso don Francisco de Orellana. Y como hombre de Iglesia, fabricaría toda una aventura para poder justificar el hecho de haber abandonado a Pizarro

Para comprobar quién tiene la razón, si aquellos que afirman que la selva amazónica estaba densamente poblada al momento de la conquista, o aquellos que creen a pie juntillas en la virginidad de esa densa y vasta manigua, científicos del Florida Institute of Technology recorrieron la cuenca del río más largo y caudaloso del mundo en busca de evidencias. Acá algunas de sus conclusiones.

en medio de la selva. Estoy seguro de que a su muerte Dios ya lo habría perdonado, como en este mundo lo hizo el Rey, porque por el bien de la Iglesia, a los hombres de Dios generalmente se les concede la gracia de mentir. Y como ahora debe andar en el cielo de los católicos, ni modo de poder contactarlo para preguntarle qué fue lo que realmente pasó en aquella expedición. Él, sin el ojo que perdió supuestamente por una flecha de los indios amazónicos, ha de estar entre una multitud de arcángeles, ángeles y santos, contando la grandiosa hazaña de su travesía por el río más grande de las Américas: el Amazonas.

No es mi intención, y si lo fuera estaría mucho mas allá de mi alcance, aclarar la borrasca de contradicciones que se dieron entre los que fueron abandonados con Pizarro, y aquellos abandonadores que se fueron con Orellana. Mientras los primeros acusaron a Orellana de robo y traición, los segundos, especialmente el fraile, no ahorraron palabras para ponderar los indecibles esfuerzos del conquistador para mantenerse fiel a su señor. Según el clérigo, era común que, mientras navegaban por el río, pasaran varios días con sus noches durante los cuales todo lo que se veía en la orilla eran asentamientos humanos, desde los cuales los indios atacaban sin piedad la barcaza con flechas envenenadas. No obstante, ahora son evidentes algunas exageraciones del fraile, incluyendo la descripción de una población de mujeres bastante altas y blancas, unas grandes guerreras que vivían en ciudades de piedra. Que dichas mujeres —aseguraba el fraile— tenían previstas ciertas fechas específicas en las que recibían hombres con fines estrictamente re-



El Amazonas por Agusfín Codazzi



productivos, pero a quienes atacaban y asesinaban sin piedad el resto del año. Mas tarde, el río tomaría su nombre de la semejanza del relato con el mito griego de las Amazonas, quitándole a Orellana la oportunidad de inmortalizar su nombre teniendo como homónimo el río más caudaloso del mundo. Probablemente en su lecho de muerte, ya absuelto de los cargos de traición, don Francisco de Orellana lamentaría haber dejado al fraile ir tan lejos con la historia.

Toda esta crónica no pasaría de ser una anécdota más de la Conquista, si no fuera porque los relatos de Fray Gaspar de Carvajal son usados hoy como parte del acervo probatorio de un grupo de investigadores, que asegura que la Amazonía, antes de la llegada de los españoles, estaba habitada por alrededor de diez millones de personas. La consecuencia lógica de un nivel de ocupación de esta magnitud sería la existencia de un paisaje fuertemente perturbado, el cual se habría recuperado después de que las poblaciones nativas fueran conducidas a la casi total extinción, principalmente debido a las enfermedades traídas por los europeos. De hecho, evidencia de ciudades con estructuras complejas, mas no de piedra como las que supuestamente habitaban las Amazonas, han sido halladas en el sur de la cuenca, en Brasil y Bolivia, en regiones de condiciones climáticas relativamente estacionales. Dicha evidencia prueba la existencia de ciudades con estructuras sociales complejas,

con infraestructuras bastante sofisticadas y una perturbación sustancial de las áreas selváticas.

De acuerdo con cierta corriente de investigadores del clima, estos hallazgos al sur de la Amazonía, sugieren que lo que conocemos hoy como la entrañable y prístina selva amazónica, sólo sería el resultado de un gran parque cultural donde la selva se ha logrado recuperar durante los últimos 500 años. Esta teoría tiene un problema: no hay suficiente evidencia en la parte mas húmeda de la cuenca, cual es el piedemonte andino (norte de Bolivia, oriente de Perú y Ecuador) y las partes centrales de los ríos Negro y Solimões y sus afluentes (noroeste de Brasil y sur de Colombia). Tal problema sería irrelevante si esta porción de la Amazonía no ocupara alrededor del 50% de la cuenca. Pero sobretodo, si la teoría de una selva fuertemente influenciada por acciones antropogénicas no estuviera siendo utilizada hoy como parte de la base científica para la formulación de políticas que propenden por la "recolonización" de la selva para la explotación de la tierra en actividades madereras, agrícolas, ganaderas y mineras. En el otro extremo de la ciencia, están quienes defienden la idea de una selva virgen antes de la ola de colonización que tomó auge a partir de finales del Siglo XIX y principios del XX, con la fiebre del caucho o *ciclo da borracha*, como es conocida en Brasil. La solución a la disyuntiva planteada por estas dos corrientes científicas no parece estar cerca, pues si bien no hay

evidencia contundente de ocupación intensiva de la selva, y ante quienes arguyen la castidad de la selva, los "poblacionistas" se defienden diciendo que el inclemente clima de altas temperaturas y fuertes precipitaciones se encargó de borrar cualquier vestigio.

Bajo las intensas lluvias y la humedad casi constante que envuelve a la selva, los incendios sólo podrían producirse por acción antropogénica. Así entonces, desde la década pasada nuestro equipo de investigación ha recorrido la selva buscando material carbonizado en el fondo de los lagos, pruebas inalteradas de presencia humana en el pasado de la selva, protegidas por los espejos de agua de la acción corruptora del oxígeno y la temperatura atmosféricas. De este pasado no nos queda más recuerdo escrito que las fantasías mezcladas con realidad de Fray Gaspar de Carvajal, sin saber él que casi 500 años más tarde, podríamos recurrir a los sedimentos del fondo de los cuerpos de agua, que fielmente guardan el archivo de la vegetación, el fuego, y hasta de la composición de la lluvia. Con el sucederse de los días y las noches, y con ellos la acumulación de los años y milenios, la lluvia, que todo lo lava, lleva hasta el fondo de los lagos recuerdos microscópicos del bosque. Esa misma lluvia que junto con el aire borra las huellas del paso del tiempo, cuando llega a los lagos, construye un archivo histórico que nos permite la reminiscencia de aconteceres a veces presenciados por nadie.

Por lo pronto, es para nosotros claro que hubo ocupación. No tan extensiva como predicaban aquellos que alimentan los discursos de políticos interesados en extender sus haciendas y trasladar los cinturones de miseria de las ciudades a la selva, donde confían nadie los pueda ver, pero tampoco tan mínima como dicen los defensores de la virginidad de la manigua y de la bondadosa inocencia de los indígenas. Hubo una ocupación intensiva, pero localizada y ciertamente dañina, pues la Amazonía es, para decirlo vulgarmente, un delicado monstruo de biomasa asentado en un desierto. Si se quita la manigua, con sus bichos y sus plantas, no se encuentra más que arena yerma y pobre. Acaso nos resulte imposible convencer con esta tesis a quienes abogan por un nuevo modelo de ocupación y aprovechamiento de la selva, a aquellos que están a cargo de tomar las decisiones, porque ellos, al igual que el fraile de marras, ven lo que quieren ver, o quizá simplemente lo que más les conviene. **uc**

EL MAGO CUARTAS

Caído del zarzo

Elkin Obregón S.



Ayer murió Carlos Cuartas, llamado con justicia *El Mago*. Para muchos, ha sido el mejor ajedrecista colombiano de todos los tiempos. Si acaso, podrían seguirle las huellas Luis Augusto Sánchez y Miguel Cuéllar Gacharná. Dicen los que saben que su juego era brillante, imaginativo, amigo de correr peligros. El último de los románticos (Boris de Greiff incluye dos de sus partidas en su libro *Las mejores partidas del siglo XX*). Dicen los que saben que era especialmente seguro en los finales, casi invencible en esta fase del juego, si a él se llegaba.

Protagonizó con Cuéllar Gacharná un match inolvidable, que, por primera y única vez en la prensa antioqueña, y aun colombiana, mojó día a día la primera plana de los periódicos, un fenómeno "mediático" sin precedentes ni consecuencias.

A modo de anécdota: por esos días, a este escriba lo confundían con Cuartas. O, mejor, con

las fotos de Cuartas. Desconocidos me saludaban en la calle, me enviaban un aguardiente en las plazas de toros. Yo, la verdad, me dejaba... Llegué al extremo delirante de tomarme unos tragos (en la añorada *La Madrileña*), con un sujeto que había sido condiscípulo de Carlos en el bachillerato, y que me tomó por él.

Después lo conocí personalmente, y pude comprobar que no nos parecíamos en nada. O, digamos, nos hermanaba el decorado: cabello revuelto, barba desgreñada, gruesas gafas de miope, y un eterno cigarrillo entre los dedos. Muy poco, si se piensa bien. Pero así fueron las cosas.

Cuartas no llegó a ser Gran Maestro, el máximo nivel en el mundo del ajedrez. Tampoco lo fueron Sánchez, ni Cuéllar. No importa, eran otras épocas. Además, en el cielo de los Grandes Maestros hay niveles no valorados por la Fide, y existen muchos Grandes Maestros de bajo perfil, que jamás logran acceder a las auténticas grandes ligas. Con un poco

más de suerte y estímulo, *El Mago* hubiera jugado con sobra de méritos en ellas.

Oscar Domínguez Giraldo, su amigo personal, nos cuenta que lo visitó pocos días antes de su muerte. Lo vio bien, animado, y, a su manera, locuaz. Y "flaco como un alfil".

CODA.

Otro asunto. *El ruido de las cosas al caer*, la novela de Juan Gabriel Vásquez. El festival del "que" galicado. **uc**

¿RATAS? ¿LAS VE?

“Si me preguntan cuál es la comida típica de los paisas, yo dudaría entre la bandeja paisa y el arroz chino”.
Esteban Zapata – Artista Visual

María Isabel Naranjo Restrepo

Hubo una época en la que en el norte de China fue muy popular un dicho sobre los habitantes de la Provincia de Cantón: “Comerán cualquier cosa que nade excepto un submarino, cualquier cosa que vuele excepto un aeroplano, y cualquier cosa que ande excepto un tanque”; y otro, cantonés, que reza: “Cualquier animal que torna su cara al sol puede ser comido”.

Entre las décadas del sesenta y ochenta la mayoría de chinos que llegaron a Colombia fueron cantoneses que

se dedicaron a la cocina y abrieron restaurantes, los mismos de los que se dice que comen perros y gatos.

Hace pocos días circularon en internet seis fotografías de la terraza del restaurante chino Gran Fogón, ubicado al frente del Edificio de Extensión de la Universidad de Antioquia. Los elementos captados por la cámara son nítidos e incuestionables: expuestos al sol, y sin ninguna protección, se disponen sobre una placa de aluminio varios cortes de tocino. Minutos después aparecen tres roedores que se acercan a la carne para darse un festín (Blog: www.camiloarango.com).

Las fotografías y un video circularon masivamente, y en menos de una semana se retomó el viejo rumor sobre las prácticas “exóticas” de los chinos, y se llegó a una conclusión apresurada: la carne que entró en contacto con los roedores es la misma que se sirve en el restaurante. También se expresaron otras opiniones que obedecen a los mitos que hay en torno a la comida china, como la de *matt87*, escrita en el blog donde aparecen las fotografías: “Para mí ellos están criando ratas para venderlas en el arroz chino, y en el techo están cazando las ratas que se les han volado” (sic).

El 15 de julio la Secretaría de Salud visitó el lugar y declaró no haber encontrado evidencia de malos hábitos en la manipulación de los alimentos, ni de ninguna acción que represente riesgo para sus clientes; también aseguró que los roedores son ratas de techo que no tienen acceso al interior del edificio. Esta explicación no dejó satisfechas a varias personas que vieron las imágenes del blog de Camilo Arango, y que se niegan a creer que esa carne no fue directamente al estómago de los desprevenidos clientes, quienes podrían estar expuestos a enfermedades letales como el hantavirus o la leptospirosis. Pero el concepto de la Secretaría de Salud, autoridad responsable de evaluar, controlar y prevenir el riesgo en estos establecimientos, asegura que no hay de qué preocuparse. ¿Cómo entender entonces las imágenes?

Felipe Wu es el único miembro de la familia que puede comunicarse conmigo en español al momento de mi visita. Aparenta unos 25 años y es el hermano de Santiago Wu, dueño del restaurante. Felipe fue enviado a la silla donde yo aguardaba por el padre, David Wu, quien a su vez fue enviado por la tímida esposa del señor Wu, quien enrojeció de pena y se escondió, ante mi sorpresiva petición de explicar las fotografías. David Wu lo había intentado sin éxito al llevarme del brazo hasta el fondo del restaurante, con el fin de que yo consta-



tara qué animales echaban al aceite caliente. “Mire usted misma, mire, mire”, decía señalando los espacios llenos de cajas, delantales y estanterías, y vociferaba, con las únicas palabras en español que le escuché, “¿Ratas? ¿Las ve?, ¿Ratas? ¿Las ve?”. Yo solo vi calderos enormes, decenas de pechugas de pollo, y cinco cocineros concentrados cada uno en una actividad diferente: picar, deshuesar, cocinar, freír y empacar.

Felipe Wu me señala a uno de los comensales y me dice: “¿Quién mejor que un cliente que dé fe del restaurante?”. Todas las mesas están vacías, excepto dos: en una hay una pareja, y en la otra está Carlos, de cuerpo voluminoso y tez ennegrecida por el humo de la calle. Come allí desde hace cuatro años y dice, burlón, que no le preocupa que le vendan carne de rata. “Es que hasta en los mejores restaurantes de Las Palmas venden carne de burro enterneada con jugo de papaya, ¡y nadie se da cuenta!”, declara mientras se sirve una generosa porción de arroz chino, chop suey (que en chino significa “trozos mezclados”), medio pollo frito y CocaCola.

Revolviéndose en la silla, el joven Wu explica con escasas palabras lo que aparece en las fotografías: “Es tocino curado. Nosotros comemos la carne así porque es más gustosa, y la dejamos al sol para que tenga un sabor más fuerte y para que se preserve más”. Hace referencia a la salazón, que consiste, según sus palabras, en untar el alimento con cristales de sal y adobarlo con diferentes salsas, para dejarlo al sol varios días hasta que se seque. Esta práctica es muy común en la cocina cantonesa, de donde proviene la familia Wu. Especies como la pimienta, el jengibre, la cebolleta, e ingredientes como la salsa de soja, el vino de arroz y el almidón, son fundamentales en su cocina; así mismo, son tradicionales el pescado fresco y los alimentos en conserva.

Resulta extraño que coman animales como perros, gatos, culebras o tortugas, pero hacen parte de una civilización de más de cinco mil años, y de un

país de mil 300 millones de habitantes que ha sido asolado por periodos de pobreza y hambruna, lo que los ha llevado a elaborar recetas con una variedad increíble de ingredientes, y a aprovechar todas las partes comestibles de los animales, como tripas, cartílagos, cabezas y garras de aves.

Felipe vuelve su mirada hacia el techo y lo señala tratando de convencerme de que no hay ninguna grieta que comunique el restaurante con la casa del segundo piso, donde viven siete de sus familiares. Insiste, con desgano, como si hubiera gastado todas las palabras dando explicaciones obvias, en que esa comida fue desechada luego de constatar que las ratas tuvieron contacto con ella. “¿Qué más quiere saber?”, dice, y me da a entender que la conversación ha terminado.

El idioma es una de las principales barreras para comprender esta cultura milenaria, cuya población en Colombia se estima en diez mil. Dos mil de ellos viven con sus familias en Medellín según datos de la Embajada de China, lo que ya podría ser un barrio chino disperso en las calles de la ciudad; uno similar al de Barranquilla, donde existe el primero y hasta el momento único Chinatown del país.

El primer restaurante chino en Medellín fue Chung Wah de Hugo Chan, el mismo del reconocido Restaurante Asia. Cincuenta años después, en el directorio telefónico pueden enumerarse cerca de noventa, un número que evidencia la colonia de extranjeros más grande de la ciudad, y que significa una fuente importante de empleo para cientos de colombianos, quienes encuentran oficio como cocineros, meseros, armadores de cajas y mensajeros.

La necesidad de acercarse a su cultura para garantizar la asimilación de las normas sanitarias hizo que la Secretaría de Salud, en el marco de su campaña “Coma Tranquilo” (2009), dedicara una presentación exclusiva a la



colonia china. Al evento llegaron una veintena de dueños de restaurantes para presenciar una obra de mímica, una cumbia colombiana, una canción y homenaje al arroz chino en letra pegajosa –“lo que todo el mundo quiere es comer arroz chino, lo comen universitarios y hasta reinas de belleza. Hasta para un chino lo mejor es el arroz chino”–, y una sección de penaltis contra las bacterias, animado en mandarín por Rafael Chan, uno de los asistentes.

La secretaria de salud, María del Pilar Pastor, asegura que la idea de que los chinos tienen malas costumbres en su cocina es un mito, ya que todos los restaurantes están sujetos a la vigilancia y control de sus prácticas. “Más bien es una idea preconcebida por el desconocimiento de su cultura”, puntualiza la ingeniera Luz Bibiana Gómez, líder de la campaña.

Cualquier persona puede verificar las condiciones sanitarias de un establecimiento mediante unos círculos verdes, amarillos o rojos, que indican un concepto favorable, condicionado o desfavorable. Según el ente de control, el 96 por ciento de los 18.927 establecimientos visitados son catalogados con concepto sanitario favorable y favorable/condicionado. Un círculo rojo significa que el lugar no cuenta con las condiciones adecuadas y es un riesgo para la salud. En este caso el lugar tiene una orden de “clausura inmediata” y si está abierto se debe dar aviso a la Secretaría de Salud.

El Gran Fogón abrió sus puertas en Medellín hace siete años. El año pasado recibió siete visitas y este año tres. Tiene un concepto sanitario favorable/condicionado, debido a detalles como una mesa metálica descascarada y al robo, el mismo día de la visita, de las tapas de los baños.

Del restaurante dependen ocho miembros de la familia Wu y seis empleados paisas que pueden ser ocho, pero con la situación actual no saben si incluso tendrán que despedir algunos. Los Wu están preocupados por la disminución de sus ventas. Días después visitaría nuevamente el restaurante y encontraría sus trece mesas vacías.

Mientras apila cajas, Santiago Wu me dice que “las mesas vacías que usted ve no es normal. Lo normal es que la gente haga fila. Creo que la persona que puso en internet la información lo hizo de maldad. ¿Por qué no verificó primero con la autoridad competente si era verdad lo que él creía?”.

Santiago me habla de un viaje que hizo el año pasado. Recorrió durante diez meses los lugares que su padre le describía cuando era niño, y aprovechó para hacer un curso de cocina y panadería. Hoy habla con amor de su lejana China, pero no piensa regresar porque después de vivir catorce años en Colombia se siente más de acá que de allá. “Todavía no se me ha ocurrido qué me voy a poner a hacer si esto se pone mal”, dice.

El desespero en el rostro de los Wu me recuerda la historia de un grupo de 705 cantoneses que llegó el 30 de marzo de 1854 para agilizar la construcción del ferrocarril de Panamá. El relato del historiador Germán Patiño cuenta que los chinos, lejos de su tierra natal y molestados por los irlandeses que trabajaban en las obras, cayeron en una depresión profunda. Las autoridades confundieron la nostalgia con anhelo de opio y repartieron el narcótico entre el grupo, que comenzó a suicidarse y a pagar a malayos para que cercenaran sus cabezas con un machete. Es una imagen escalofriante, pero más aún lo es saber que hay una cultura milenaria de la que solo hemos conocido la cajita de arroz. UC



Tribulaciones de un duende escapado de las botellas

Jorge Iván Agudelo Z. Ilustración Max Gallinazo

No era un aprendiz, ni mucho menos, llevaba décadas en el negocio y, a decir verdad, lo disfrutaba más que nada en el mundo. Así pues, es mejor que no se diga que abandoné por falta de experiencia o que me arredré con un caso difícil. La verdad es que no sé de otro duende que se haya quejado o haya renunciado a su trabajo, eso me convierte menos en un cobarde y más en una *rara avis*, en un pionero...

Hasta que lo conocí repartía mi tiempo en dar vueltas por la ciudad, en hacer una que otra visita a mis camaradas del campo, en leer alguna novela sobre el alcohol que me permitiera entender mejor a mis pacientes o a mis víctimas, ustedes dirán... y claro está, en llevar a cabo mi labor, que dicho sin ambages, no era otra que plantar cara a los muy amigos de la botella, darles el susto de sus vidas con mi verde presencia socarrona y obligarlos a volver a la cordura, a romper la copa o a levantarla con tanta furia que ya no era yo el que aparecía, sino la cirrosis o los negros gallinazos que se paran en las barandas a jalar las sábanas con sus picos, o la parca, que no es un ejemplo ni una advertencia, que simple y llanamente es ella, la reina última.

Todo cambió la mañana que entré en su pieza, bueno... minutos después, porque la escenografía donde se desarrollaba mi trabajo casi siempre era la misma, al punto en que llegué a pensar que sólo había visitado a un borracho en mi vida; hay leves diferencias, es cierto, pero para efectos de esta historia basta con saber que el pequeño rectángulo olía a animal recién disecado, unas cuantas botellas por el piso y el hombre en la cama temblando su duermevela. Recuerdo que me senté en una butaca listo para saltarle al pecho y hacerle saber de mi existencia, cuando ya doblaba mis rodillas y ensayaba mi sonrisa de: aun estás vivo pero vas a enloquecer... veo su frente ensangrentada, lo oigo resollar, al fin despierta, se limpia el sudor y la sangre con la diestra, maldice y se chupa los dedos... Puta vida, su grito de guerra... es ahí, como si me hubiera incitado con su mala palabra, que decido no dar más largas al asunto, brinco a la baranda de la cama y le clavo mis ojos verdes y fieros... y aquí comienza la historia, nuestra amistad de años...

el hombre me mira, sabe que no está soñando, que mi presencia es tan real como su sangre, traga saliva, soporta su cuerpo magullado en uno de sus codos y me ordena como si yo fuera su sirviente: ya que estás aquí, andá por media de ron... No salgo de mi asombro, tengo prohibido, bajo cualquier circunstancia, hablarle a los borrachos, sólo puedo gruñir, gritar, patalear, tumbar cuadros y quebrar botellas, me entran unas ganas tremendas de replicar, de salirle con una de esas lindezas que tanto le he oído a los humanos, pero no, me limito a saltar y a gritar, a tumbar unos libros, a tirar las celosías por la ventana, a rasgar unas camisas... y él como si nada, complacido con mi rabieta... cuando no puedo más me dejo caer en un rincón y comienzo a llorar, es cuando mi amigo se levanta, se acerca despacio, me da una palmada en el hombro y me dice: no llores, ya han venido otros y te puedo asegurar que ninguno lo hizo tan bien como vos... si querés me esperarés yo me baño y te invito a unos tragos...

Pensé en irme con el rabo entre las patas, descansar, contarle todo a otro duende y emprender de nuevo el trabajo... pero algo me retiene, la amabilidad, el desdén, la fortaleza del primero que me saca de su cabeza ayudado por los humores del alcohol para que lo asuste y lo joda o le arregle la vida y de pronto como si nada... como si estuviera tan solo que sólo me estuviera buscando para empujarse un trago a mi lado... Y ahí estamos, en la primera de las muchas cantinas que visitamos juntos...

Una media de ron y dos copas, decía siempre, y el cantinero, extrañado al ver a un hombre sólo pidiendo un par de copas, lo atendía despacio como reparando en la clase de locura de su cliente... cuando nos sentábamos en la barra la cosa se complicaba un poco, porque a su lado siempre había una silla vacía, la mía, que sólo podía ocupar yo... y cuando algún incauto decidía sentarse encima, la furia se hacía hombre y encarnaba en mi amigo, que por lo demás siempre fue pacífico, un borracho tranquilo, como se dice... por lo regular me hablaba de unos personajes que no había visto nunca pero que conocía muy bien... un tal Georg Trakl, del que decía que era el poeta más triste que había leído jamás y que, contrario a lo que se tenía por cierto, había muerto por una sobredosis

de guerra y no por una sobredosis de cocaína; Juan Carlos Onetti, que según cuentas, fue el escritor que supo sacarle mayor provecho a la cama, al whisky, a las novelas policíacas y a un lápiz; y otros, de los que me contaba su vida y sus milagros. Cuando le entraba la nostalgia, me hablaba de su infancia en una finca cafetera o de una mujer que quiso hasta la locura y le exigió, para compensar su necesaria presencia, cosas tan absurdas como un hijo y un trabajo regular. Pero no todo era conversación, tragos y felicidad, también tuvimos nuestras malas rachas; su úlcera, su depresión o una simple deshidratación, hacían de su locuacidad el más obstinado silencio. Había un silencio pactado cuando teníamos que ingresar al hospital en busca del suero intravenoso, por ejemplo... porque un borracho hablando solo o con un duende en una cantina, hace parte del paisaje, pero el mismo borracho con su mismo monólogo en cualquier hospital es un candidato privilegiado para ingresar al mental. El otro silencio, el que aparecía sin aviso en sus malos días, me partía el alma, sólo podía estarme ahí, a los pies de su cama, como un guardián espantando celajes y otros duendes, antiguos colegas que aparecían para zaherir a mi amigo.

Pasaron los años y nuestra rutina de bares, hospitales, silencios, se hizo sólida, nada ni nadie podía interferir... hasta que un buen día mi amigo decidió que la ciudad lo agobia, que necesitaba un cambio, que vendía todo y se compraba una finquita. Y así fue, en menos de lo que canta un gallo estábamos trepados en la montaña, viendo llover. Fue el tiempo más feliz de mi vida, nada nos hacía falta, la renta alcanzaba para la comida y el licor, que por ese entonces se empezó a beber despacio, como lo beben los que no tienen sed.

Cuando salíamos a caminar, de lo único de lo que se quejaba era de la persistencia del verde, de ese color que en el campo era de todos los colores, le hubiera gustado, me decía, caminar de vez en cuando sobre lo blanco, como lo hacía Robert Walser, el escritor más humilde, que murió dando un paseo por la nieve.


Una mañana cualquiera ya no estuve a su lado, supe enseguida que en su cabeza alucinada se había operado un cambio, que ya no me necesitaba, que yacía en paz sobre lo verde al lado de un árbol de café. UC



CHINATOWN, instalación,
un proyecto de Esteban Zapata.



“Si un aglomerado de fachadas, de casitas, de edificios, de ladrillos, suele constituirse como una imagen recurrente de nuestra ciudad latina, o bien como una narración visual de Medellín, también serviría como cuadro descriptivo de un barrio oriental”.
María Isabel Naranjo Cano.

Arte central de  con el apoyo de

M
MUSEO
DE ARTE
MODERNO
MEDELLIN - COLOMBIA



Pascual Gaviria. Fotografías Juan Fernando Ospina

“El oro no estaba en las minas sino en el Parque Berrío”
Frase de un ingenio local alrededor de 1910

1

El Parque Berrío todavía entrega su sombra de palmeras a cambio de la mierda inofensiva de las palomas. A simple vista, palmeras y palomas es lo único que le queda de parque de pueblo a esa casilla arrinconada del centro de la ciudad: aplastada por el metro, sitiada por los taxis, animada por el sermón de los vendedores de la pujante industria del porno local. Ahora el parque no es más que una modesta plazuela de paso coronada por un prócer diminuto, empequeñecido por la escala de los edificios y los hombres, de los buses y la gorda de Botero.

Pero en los corrillos espontáneos que se van juntando bajo los árboles se puede encontrar el Medellín más pueblerino, una increíble colección de montañeros que han elegido el ombligo maltrecho de la ciudad para cantarle a su pueblo perdido. Todos tienen los dedos roídos de rasgar las cuerdas y fumarse el cigarrillo hasta la última pavesa. Y entre ninguno de los tríos juntan 32 dientes. Se agrupan según los alientos del día, las complicidades de la botella, los resentimientos de la última gresca. Van y vienen deshaciendo los tríos, conformando los dúos, completando los cuartetos mientras una sinfonía de desocupados los oye con dudoso entusiasmo. Un poco más atrás vigila la horda de tinteras, rondando, las unas ofreciendo el termo, las otras ofreciendo el trono.

Por momentos el centro de Medellín, ignorado por los ciudadanos que cruzan en busca de una rebaja, parece la plaza de algarabías de un caserío recién fundado por las desgracias del desplazamiento, los azares de la coca o las promesas del contrabando: Cartagena del Chairá, por decir algo, o Remolinos del Caguán, o Medellín del Ariari. Todos se conocen en medio de esa extraña caricatura del pueblo en la ciudad. Los más viejos hablan del ambiente de fiesta que fue creciendo, hace 20 o 25 años, alrededor de los carros de mercado que vendían cerveza, guaro, salchichón, cigarrillos. Poco a poco los músicos callejeros fueron acompañando el chirrido de esas cantinas ambulantes. Muy pronto los surrunqueros se hicieron indispensables y lo que era una beba de cartas y alegatos frente a un carro ambulante, se convirtió en baile y cantata. “En ese tiempo algún gracioso le puso el Parque Berrido”, me dice una de las gargantas de vieja data.

2

Es sábado a las 2 de la tarde y se cuentan más de 20 guitarras entre las activas y las enfundadas. Los corrillos apenas están afinando las historias de la noche anterior: un viaje repentino a tocar en una fiesta en San Pedro, dos horas de música carrilera que resultaron en La Estancia, en el Parque Bolívar, un contacto del tercer tipo con una de las bailarinas ocasionales del parque. Lucely es una de las fundadoras de la escena. Acaba de llegar de un recorrido en buses con su parlante compañero: “Me cansé de tocar con otros músicos, eso es muy difícil, los humores de cada uno, de cada día... Esto no es sino prenderlo y listo, no pone problema.” Parece que antes de la primera canción es necesario una especie de desahogo sin acompañamiento, a palo seco: “Yo empecé a cantar por un desespero, por un hijo enfermo. Estaba lista pa robar, pa ime pa la pieza con el primero que me ofreciera. Y resulté cantando. No sabía, pero cantaba con el corazón”. Sus primeros temas hacen parte de esa inagotable colección de desgracias que se lloran en las cantinas: *Mil puñados de oro* y *Cruz de madera*.

Lucely me hace una lista de muertos que no alcanzo a copiar en mi libreta: tres de sus maestros musicales a los que llama el difunto Argemiro, el difunto El Tábano, el difunto tales... Más dos hijos asesinados en Ituango y Medellín. Tiene los ojos chiquitos, esquivos, perfectos para esas canciones de llantos eternos. Abrazada a su parlante canta una alegoría a las madres solteras, sin afán, con la misma parsimonia y concentración con

la que me acaba de contar un pedazo de su vida. Su canto y su cuento tienen la misma letra truculenta.

Desde que llegó el metro con sus alardes de trapeadora y su cultura de ascensor, los músicos populares del Parque Berrío fueron perseguidos como la peor de las plagas. Muecos, con tufo a alcohol y canciones de lágrimas y puñales, con sombrero peludo y zapatos sufriendo su tercer dueño, los músicos, los bailarines y los pegados del parche le parecían al metro impresentables para sus alrededores metropolitanos. Recordaban demasiado a los personajes callejeros, algo siniestros y desaliñados, que sólo le gustan a la cultura oficial cuando están pintados por Débora Arango o re-





tratados por Benjamín de la Calle. Los policías comenzaron, entonces, a trabajar en el desalojo del parque y la guitarra se volvió una amenaza: “Es muy difícil conseguir a uno de por aquí que no haya terminado en el comando”, me dice el Segoviano, un cantante vestido con la camisa del Nacional.

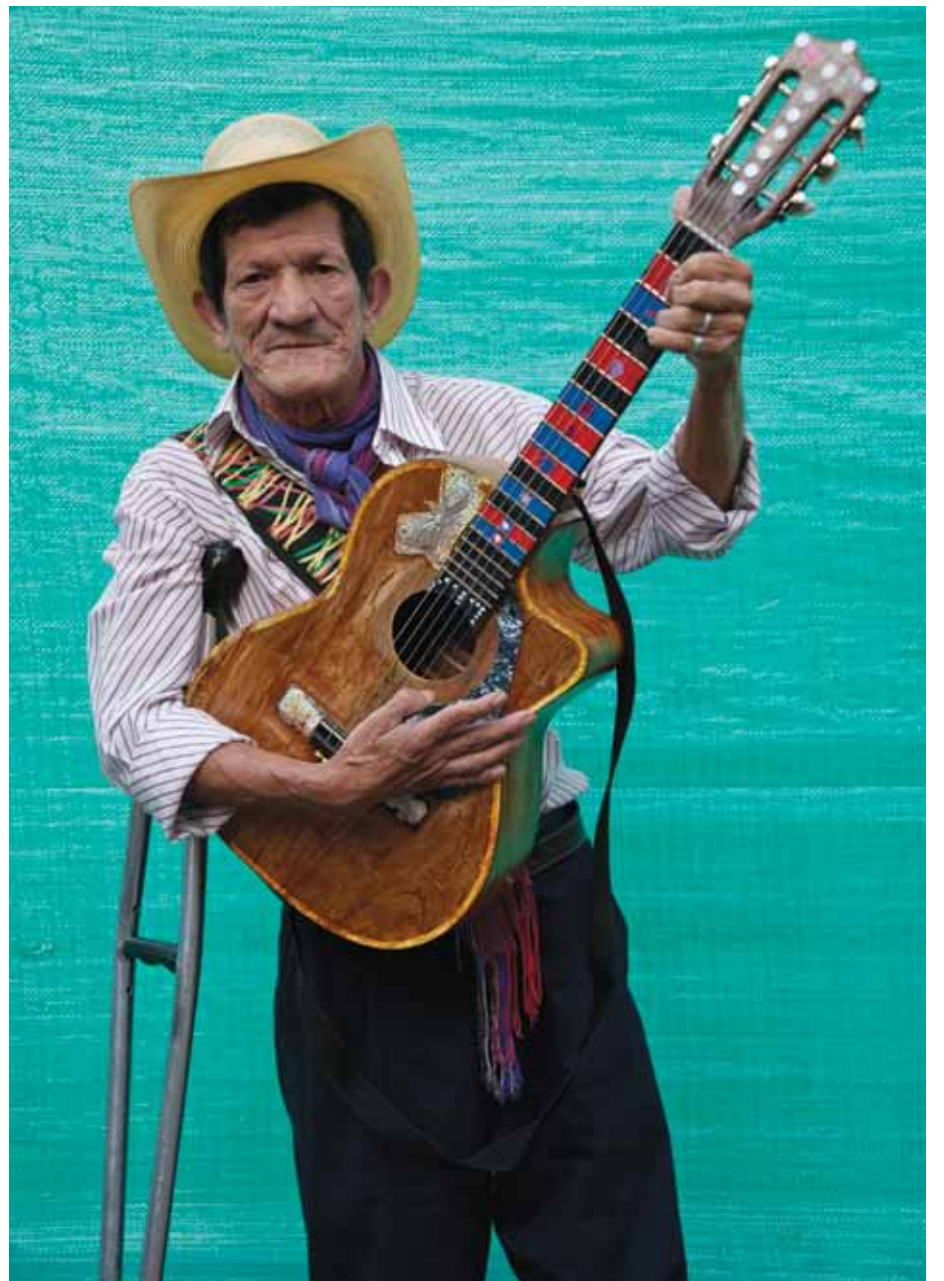
En medio de esa purga contra la guasca, la carrileira, la parrandera, el despecho y sus costumbres, surgió una escena que cambiaría un poco la historia del parque. Eran los tiempos en que Lucely aún no había descubierto a su compañero el parlante y andaba con la guitarra a cuestas, su cruz. Un policía trata de arrebatarla y ella da pelea con las pajuelas como única arma. El tomo gana el duelo y amenaza con quebrar la guitarra contra el piso. Una estampa perfecta para un *stencil*. José Manuel Barrionuevo, un hombre de Barranca curtido en rebusques y caminancia, ve todo el tropel desde una esquina y decide comprar la pelea. Salva la guitarra y se le ocurre que hay una buena po-

sibilidad de pelear por los músicos del Parque. Tiene varias categorías que seducen en el lenguaje burocrático del momento: población vulnerable, desplazados, gestores culturales. Comienza a llenar planillas, sacar carnés, juntar tríos camino a la secretaría de cultura. Barrionuevo se declara analfabeta musicalmente. Tal vez así tenía que ser para animarse a dar la pelea por los músicos en el escalón más bajo de la tarima.

El metro debió resignarse y decidió poner una línea imaginaria que los músicos y su guachafita se comprometieron a no cruzar: “Ese es el paralelo 38”, me dice Barrionuevo entre risas, aludiendo a la línea roja entre las dos Coreas. Ahora los merenderos tienen el compromiso de pensar más en la guitarra que en la copa mientras estén en el Parque, y cumplen con discreción, yendo a enjuagarse la boca cada tanto a una esquina cercana. Incluso lograron recibir clases de técnica vocal en la sede del Banco de la República y lucir los adelantos en un concierto de lujo en la Minorista.

3 A comienzos del siglo XX el Parque Berrío también era un escenario clave en la lucha del pueblo contra la ciudad. Medellín tenía seis “automóviles” y comenzaba a desdeñar las casas de balcones que alojaron durante mucho tiempo los almacenes surtidos y los apellidos ilustres. Cuando los incendios de 1916, 1921, 1922 y 1925 dejaron sus estragos en el Parque, buena parte de la ciudad celebró con el carro de bomberos: “Sobre los escombros se levantaron magníficos edificios modernos que son adorno de la ciudad”. Los incendios eran un mal necesario para abrir paso al Edificio Olano y al primer ascensor de la ciudad, o para el Edificio Henry -llamado rascacielos-, y que algún milagro sostiene todavía en pie.

Ahora, cuando los esplendores del Parque Berrío son imposibles de reconstruir desde la visual de Pedro Justo, cuando la ciudad decidió sepultar su cuna bajo su gran orgullo, los personajes que se reúnen día a día para cantar y bailar sus cuitas, hacen posible vivir en el pueblo pretencioso de Cosiaca, Marañas, Lorita y demás vagos de pata ancha y ruana. Ese Medellín que baila a salticos en los corrillos del Parque, que exhibe la mirada vidriosa de los jubilados sobre las putas jubiladas, que rebusca monedas invocando brujas y resuelve todas las discusiones con el refranero, es un sumidero privilegiado en la ciudad. Ahí no está solo una colección de lo más granado de los montañeros de la provincia, están los campechanos más rebeldes, más bohemios como todavía dicen en los pueblos, los menos obedientes. Intentan mezclarle algo de guitarra al palustre de la semana y no se dejan atortolar por el reguetón ambiente: “A mí me tocó venirme pa Medellín porque uno de músico en el pueblo es visto como un loco, un borracho sin oficio”, me dice El Genuino de Antioquia. Algo parecido dijo el inglés Charles Saffray cuando salió de lo poco que había en este valle a finales del siglo XIX: “... en aquel pueblo ocupado sólo en buscar progreso material, los sabios, los poetas, los músicos, los artistas quedan siempre pobres, sin poder construir una clase separada.” Lo han logrado a medias: ahora tienen carné de desplazados, asociación de músicos populares y el beneplácito a regañadientes de la nueva iglesia local y sus vagones. UC



Estilario

Raúl Trujillo


Exclusivo para UC desde Buenos Aires

Mis amigos han querido hacerme un regalo y lograron convencer a la Maestra Teresita Gómez de hacerse un registro con Juan Fernando para esta columna. De años la conozco y sigo la trayectoria magnífica de esta mujer sabia que logra que su cuerpo sublime a la belleza cuando una y piano, como en un pas de deux —no son dos—, se hacen magia que inunda el corazón de quien escucha. Dicha y tesón, mucha pasión se siente cuando la escuchas. También he tenido la fortuna de compartir momentos mas íntimos con ella y me han acompañado sus interpretaciones de música antioqueña en la exploración que realicé de mis raíces epifitas ahora que estoy al sur.

Aquí y ahora, retenida para nosotros, no está en su medio. Es evidente que el carácter del artista se expresa mas allá del momento sublime de la interpretación; el artista es artista siempre y tiene su lenguaje personal. Teresita se ofrece en imagen para ser leída. Y vale que el hábito hace al monje. Los maestros que practican la meditación zen confeccionan su propio hábito y zafu —almohadón de algodón sobre el que meditan— y en ella los colores y las formas de su estilo reflejan una bella melodía genial, distinguida y particularmente atemporal.

Como las bellas mulatas, su piel no requiere de ungüentos y cosmética para lucir tónica y vital. El rostro sereno resplandece en aureola dorada de cestería fina en el sombrero de fibra natural. Es un asunto noble el saber llevar lo propio, lo más rústico, lo artesanal y darle altura. Altura de la Sierra Nevada de donde las mochilas son. En la comunidad arahuaca los hombres cuidan de la montaña sagrada que es el corazón de la tierra y la tierra es una con todos. Para expresarlo cotidianamente, llevan hojas de coca que mambean y es un gesto de saludo el poder introducir la mano a la mochila del otro y extraer un puñado, esperando que el otro se sirva de igual forma en un rito que mantiene abiertos los canales de confianza entre toda la comunidad. La que lleva al hombro Teresita es de fibra y los colores apenas si cambian, como los colores de la tierra negra de origen volcánico, en líneas dibujando horizontes que destacan el volumen y calidad del material.

En camión de chifón, con pañuelo al cuello y al tono, coordinado, los interiores visibles de los zapatos de autor en la misma textura, con su modernas formas tulipán y simples de los 50, en una versión tuneada pin-up de animal print. Este tipo de calzado evidencia los sutiles cambios en los hábitos de consumo a nivel global. Los tacos han tenido, desde la serie Sex and the city, una nueva lógica de ser consumidos y varios creadores se han permitido propuestas muy particulares, con estilos liberados de los ciclos de la moda. Son objetos y rarezas atemporales que sus dueñas consideran tesoros personales y nunca dejarán de usar.

Del futuro la idea de una cómoda elegancia y la sincera verosimilitud del cuerpo real, en unos leggins de rib en alguna mezcla de algodón y elastómero que complementan el outfit y la harán sentir como una segunda piel cómoda, que en su idea de minimal —todo negro y ningún detalle— resulta anónima y multiocasional. 

Teresita Gómez es pianista.



Einstein, la Exhibición

Exposición del Museo de Historia Natural de Nueva York, en colaboración con la U. Hebrea de Jerusalén y el Skirball Centro Cultural L.A.

En Explora a partir del 30 de julio,
en alianza con Coolture Marketing

parque
explora
MEDELLÍN

CONFERENCIAS

- *Viernes, julio 15, 6:30 pm* / José Fernando Isaza / **Einstein y Dios**
- *Jueves, julio 21, 6:30 pm* / Lorenzo de la Torre / **Causalidad: el azar y Einstein**
- *Jueves, julio 28, 6:30 pm* / Douglas Futuyma / Darwin, el otro. Apoya ColEvol
- *Jueves, agosto 4, 6:30 pm* / Andrés Villegas / **El cerebro de Einstein**
- *Martes, agosto 9, 6:30 pm* / Greta Zenner / **¿Einstein nanocientífico?**
- *Viernes, agosto 12, 7:00 pm* / Maestro Arnaldo García y Williams Naranjo / **Concierto Einstein y la música, Proyecto Confluencias.** Teatro Pablo Tobón Uribe. Apoya Comfenalco
- *Jueves, agosto 18, 6:30 pm* / Jorge Zuluaga / **La Teoría de la Relatividad en la vida cotidiana**
- *Jueves, agosto 25, 6:30 pm* / Jorge Reynolds / **Lo que somos después de Einstein**
- *Jueves, septiembre 1, 6:30 pm* / Alonso Sepúlveda / **Einstein y el tiempo**
- *Jueves, septiembre 8, 6:30 pm* / Jairo Ibarbo / **Einstein y la paz mundial**
- *Jueves, septiembre 15, 6:30 pm* / Nicolás Naranjo / **Einstein lector**
- *Jueves, septiembre 22, 6:30 pm* / Thomas Levenson / **Einstein, el hombre**
- *Desde el sábado 13 de agosto, viernes y sábados 6:30 pm y domingos 5:00 pm* / Colectivo Explora Máquina de la Exploración / **Obra de Teatro ¿Qué piensa usted señor Einstein?** Libretos: Jorge Wagensberg Lubinsky. Duración: 50 minutos

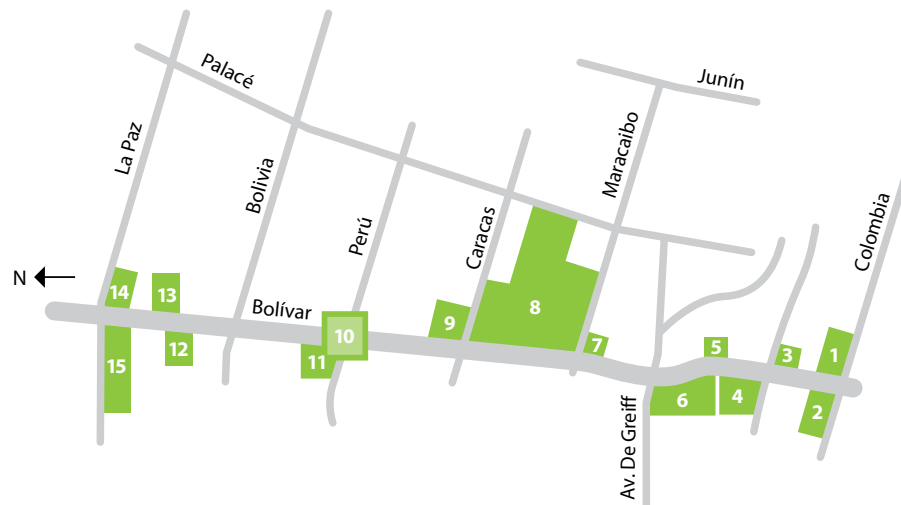
ENTRADA LIBRE / LUGAR PARQUE EXPLORA

Mayores informes: www.parqueexplora.org Teléfonos: 5168300



www.einsteinlaexhibicion.com





1. Edificio Olano - Café 93
2. Edificio Henry
3. Edificio Córdoba
4. Casa de Mariano Ospina R.
5. Pensión Británica
6. Casa Enterrada
7. Café Maracaibo
8. Colegio de San José
9. Casa de Jesús M^a Montoya
10. Cruce de "La Loca"
11. Colegio María Auxiliadora
12. Casa donde nació León de Greiff
13. Almacén de Enriquito Blair
14. Contrabandista
15. Escuela Modelo

Se compran gallinazos

Byron White. Ilustración Pereque

Atravesamos el centro de Medellín por la histórica Carrera Bolívar de la mano del historiador Rafael Ortiz.

1. El Edificio Olano fue el primer *rascacielos* que hubo en la ciudad y se construyó a fines de 1910, en medio de una crisis económica que casi lleva a la quiebra a su dueño, don Germán Olano. También fue la primera edificación con ascensor en Medellín, comprado por don Germán en Nueva York luego de su viaje a Europa. Este ascensor todavía está funcionando.

En el último local del edificio sobre Bolívar, en un espacio minúsculo, funcionó por mucho tiempo el Café 93, que no pasó de ser un simple *tintiadero* que por las noches acrecentaba la clientela en busca de licor. Cuando llegó la Violencia a Medellín, el Café, por ser el 93 una fecha clásica de la revolución francesa, sirvió como fortaleza para los liberales. Los conservadores hicieron lo propio en el Café 20 de Julio.

2. En el Edificio Henry, construido por don Alejandro Ángel según planos de un ingeniero norteamericano, despachó la American Cables, que tenía servicio inalámbrico para la ciudad. Esta compañía tenía además el extraño servicio de mensajes cantados, con letras especiales para matrimonios, noviazgos, cumpleaños y todo lo demás. Como los mensajes se llevaban inmediatamente eran encargados, muchas veces el mensajero tocaba la puerta a altas horas de la noche y una vez le abrían le cantaba al destinatario, lo que se traducían en alboroto para toda la manzana.

3. La casa de un piso que ocupaba este lugar tenía el presuntuoso nombre de Edificio Córdoba. Todos los demás locales eran domicilios residenciales.

4. Esta casona se expropió al doctor Mariano Ospina Rodríguez durante una de sus famosas guerras del siglo XIX. Fue primero Casa del Gobierno Departamental y posteriormente se construyó allí el Palacio Departamental, con planos de Agustín Goovaerts. Hoy es el Palacio de la Cultura Rafael Uribe Uribe. En un lote que sobró de la construcción, hacia el norte, funcionó la primera empresa de teléfonos de Medellín con servicios manejados por señoritas.

5. Este era un edificio pretencioso, de fachada lujosa, llamado Pensión Británica. Sobre decir que la mayoría de sus clientes eran personas con negocios pendientes en el Departamento.

6. Cuando nivelaron la carrera Bolívar, que allí formaba una depresión por ser el antiguo cauce de la quebrada Santa Elena, la lujosísima mansión que aquí existía quedó con los aleros del techo por debajo del nivel de la calle. Después de un pleito en el que el Municipio fue obligado a cancelar su valor, la casa fue demolida y adjuntada al lote del Palacio Departamental. A continuación venía la quebrada Santa Elena con sus famosos Infiernitos, de los cuales ya hablamos aquí.

7. En la esquina de la calle 53 quedaba el famoso Café Maracaibo, conocido por todos los alumnos del Colegio de San José que los primeros viernes, después de comulgar, solían desayunar allí.

8. Al principio, el Colegio de San José era una casa vieja en el centro de la cuadra con una profundidad inmensa que le permitía tener arboleda y un solar bien surtido. Los Hermanos empezaron a construir la capilla en el costado norte del lote y fueron adjuntándole a la casa otras casas hasta llegar a ocupar $\frac{3}{4}$ partes de la manzana. Empezaron entonces una construcción grande e hicieron el bloque que todavía existe sobre Maracaibo, pero con el crecimiento de la ciudad cambiaron de idea y resolvieron construir un espacioso colegio en El Morro, antigua manga de la Casilda, la cual según dicen dejó un entierro que los Hermanos Cristianos sacaron.

9. Jesús María Montoya es todo un personaje que ha escapado a la pluma de quienes nos dedicamos a rescatar valores ignorados en Antioquia. Fundador de Fatelares, compró esta casa y en ella su esposa y varias empleadas trabajaban los flecos de las sobrecamas que vendía la fábrica. Tenía una hija bellísima que era el imán de la ventana de la esquina para los estudiantes del colegio.

10. En Medellín hay una quebrada denominada La Loca que ha sido famosa por sus crecientes y por las inundaciones. Pasa exactamente en el cruce con Perú y muchas veces sus borrascas estorban en la vía.

11. El Colegio María Auxiliadora tenía todo el encanto de las construcciones educativas antiguas: amplísimos patios, maravillosos jardines y todo cuidado con esmero por las monjas salesianas. Funcionó allí hasta que el Municipio necesitó continuar la calle Perú, entonces lo expropiaron y lo trasladaron a la antigua sede de la Escuela de Minas.

12. La casa donde nació León de Greiff estaba donde se levanta hoy la Estación Prado del Metro. Era inmensa como todas las de esa época y había sido respetada por haber nacido el poeta en ella.

13. El almacén de Enriquito Blair, descendiente del médico del Libertador, se especializó en comprar todo lo que le ofrecían para guardarlo, de manera que alguien necesitado podría encontrar allí desde una llave hasta un teléfono. Compraba principalmente a los niños, con los cuales negociaba con plata y con jugos que tenía en jarras sobre el mostrador. Fue protagonista de muchas anécdotas graciosas, como la compra de un gallinazo o la venta de un local del almacén a un gringo en la que desplegó su marrulla de negociante y ganó fuertemente. Enriquito Blair a todo le sacaba utilidad y cuando murió dejó muy buena plata.

14. De La Paz hacia el norte había un número crecido de mujeres dedicadas al contrabando de licores. Las había muy serias, como doña Carmelita Toro, que producía toda clase de cremas anisadas y otros néctares con los que surtía las mejores casas de la ciudad y al Club Unión, pero también había personas como la famosa Maruja, que pasó a la historia porque le mandó hacer al maestro Torres, uno de los buenos tallistas de Medellín, un cristo impermeabilizado por dentro.

Arreglaba Maruja de tal manera el escenario que quien no supiera el intríngulis del asunto creía que se trataba de piadosos adoradores del crucifijo que, sentados en taburetes alrededor de las paredes de la sala, periódicamente se levantaban para besar los pies del Redentor y echar una moneda en un charol. Hasta que el Jefe de Rentas allanó el salón y descubrió una cierta clase de espita en el dedo gordo del pie por la que los borrachitos libaban; "¡conque esta es la trampa!" dijo y de un machetazo vació el licor del cristo.

15. La Escuela Modelo fue la primera de formación femenina con capacitación para secretariado que tuvo la ciudad. Llegó a ser una institución muy respetada, pero lamentablemente, con la remodelación de este sector, quedó mutilada y hoy no es ni la sombra.



ACOMPÁÑANOS A DEFENDER TUS DERECHOS
¡JOVEN, SINDICALÍZATE!

Los jóvenes sindicalizados gozan de estabilidad laboral, salarios justos, seguridad social y muchos más beneficios.
¡Sindicalízate!

Síguenos en la red:
 f Grupo: Acompañanos a defender tus derechos.
 @juventudcut
 http://juventudcut.blogspot.com

o escribiendo a los correos:
 juventud@cut.org.co
 juventudcutcolombia@gmail.com

por un rostro joven del sindicalismo colombiano

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OF TALMOLOGO CIRUJANO U. DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA,
Calle 51 No. 45-93
Tel: 513 84 63 - 576 84 00

Danza Árabe
Tribal
Bollywood
Flamenco
Samba
Yoga
Hip-Hop

Escuela **Danzahara**
arte en movimiento

WWW.ESCUELADANZAHARA.COM
ESCUELADANZAHARA@HOTMAIL.COM

CARRERA 79 45E 72 (2DO PISO) SECTOR VELODROMO
TELS. 5808571-4111774-3127414006-5002280649

DIPLOMADO INTERNACIONAL EN DOCUMENTAL EN EL MAMM

Inscripciones abiertas hasta agosto 15

Destacados documentalistas y profesores de Colombia e Iberoamérica impartirán las clases de este espacio pionero para la formación audiovisual en Medellín. Certificación oficial de la Universidad del Valle.
En asocio con la Corporación Cinefilia y la Universidad del Valle
Agosto 19 – diciembre 3
Informes y matrículas: info@cinefilia.org.co

Museo de Arte Moderno de Medellín
T: (574) 4442622 / Carrera 44 No. 19 A -100
www.elmamm.org

Servicio a domicilio

Cigarrería Girardot

Lunes a sábado
Venta de licores y confitería
Cerveza

Cra 43 Nro 52-65
Tels. 239 5180 - 239 6044

visita nuestra renovada página
www.universocentro.com

AM&M
montacargas s.a. **Logística**

Servicio de montacarga por horas
Tel : 352-99-10 255-65-93

Reting & Outsourcing
Tel: 361 67 55

SIMÓN BOLÍVAR NACIÓ EN CARACAS,
EN UN POTRERO LLENO DE VACAS, LAS UNAS GORDAS LAS OTRAS FLACAS,
LAS OTRAS LLENAS DE GARRAPATAS.

recortar y romper con indignación

el rincón refrito de truchafrita

DEPRISA **FedEx** Federal Express

Avianca

SERVIENTREGA **Efecty**
Hace sus pagos, hace sus giros

SU CORRESPONDENCIA Y CARGA LIVIANA A... TODAS PARTES

Calle 50 No. 46 - 36 • Local 105 PBX
Ed. Furatena • Medellín 251 83 43

SUPERRAPIDO LÍMITE
MENSAJERÍA A TODAS PARTES

Reproducimos un capítulo de Batallas de Champiñón, la tercera novela de Guillermo Cardona Marín.
¿Novela de anticipación? ¿Ciencia ficción? ¿Futurismo criollo? Los lectores lo dirán, si compran la novela.

La Batalla de la Brea

Guillermo Cardona Marín

Los Llanos de Moxox no podían estar más áridos ni verse más desolados. Aquí y allá, la infaltable catanga de marañones, xique-xiques y castañas de cajú y los espinosos cactus de mandacarú, capaces de echar raíces sobre una piedra. Pero no había champiñones, ni animales domésticos, ni cultivos, ni casas. Eran miles de kilómetros de tierras abandonadas, de cosechas y casas en cenizas, de pozos destruidos, de manera que sólo la experiencia de los muchos naturales que integraban las filas de la Confederación les permitió conseguir agua potable y aprender a construir las *tiendas de miga*, fabricadas con una mezcla de barro y yuyos remojados en agua salada, tan abundantes en la región, mezcla que se podía modelar con las manos en unos pocos minutos hasta darle forma de madriguera, bajo la cual podía dormir el artesano; unas bajas, estrechas y no muy aromáticas habitaciones privadas, eso sí bastante frescas, ideales para guardarse del calor sofocante del día y que, a no ser que se quisiese dormir de pie, resultaban bastante confortables.

Estas proverbiales tiendas de miga constituían además un camuflaje perfecto en aquellos yerros litógrafos, cuyos perfiles reverberaban al calor abrasador que se instalaba desde poco después de la madrugada hasta bien entrada la noche.

Los nativos le suministraban además a la tropa un brebaje de un amargo francamente nauseabundo, que preparaban con yerbajos propios de la Serra do Aguapeí, y que daba a las tropas un olor peculiar, no del todo desagradable, pero que parecía repugnar a toda clase de bichos.

Durante varios días el general Roedor y su tropa recorrieron de arriba a abajo las desoladas estepas sin toparse con nadie. Acampaban siempre en terrenos deprimidos y apostaban vigilantes por todos los flancos, pero era como si al enemigo se lo hubiese tragado la tierra.

Con todo y que podían estar en mejores condiciones que las tropas del Imperio, la marcha fue difícil. Muchos caían de cansancio y de sed y pedían ser abandonados.

—Seguid adelante, seguid. Que nadie se detenga por mí—decían estos valientes desventurados.

Mas no abandonamos a ninguno. A los más débiles se les atendía y se les cargaba hasta que recuperaban las fuerzas, y si morían, se les daba sepultura con honores. No hacía lo mismo el enemigo, de cuyo recorrido se percataron los batidores al segundo día. Bastaba trazar la ruta de los buitres que se alimentaban de quienes iban dejando. Los primeros cuerpos fueron vistos a orillas del Guaporé. Al parecer su intención era pasar a los Llanos de Moxox entre la Serranía de Huanchaca y la Serra do Aguapeí, con dirección su-

roeste desde Arenópolis al nordeste, como si pretendieran subir hacia Los Hongos por los Bañados de Izozog que era, sin duda, la ruta más rápida y segura.

Como llevaban de ventaja al menos media jornada, el general Roedor ordenó apurar el paso. Las caminatas nocturnas habían sido largas y agotadoras, dormir de día era difícil y el clima era realmente malsano. Y si a eso se sumaban la mala comida, la poca bebida y el peso de la dotación, era apenas natural que en la tropa se incubara un odio cerril contra los soldados del Imperio.

En tal estado de ánimo avistaron a los invasores, que pernoctaban en tiendas de campaña fabricadas con gruesas lonas que se veían a leguas y que no hacían más que multiplicar el calor infernal de la llanura y atraer a los insectos. Un grupo de batidores los sorprendió en la noche del lunes 10 de enero, unos ochenta kilómetros al sureste de las fuentes de brea de la Serranía de Huanchaca. ¡Estaban durmiendo!

El general Roedor no podía creerlo, pero era cierto. Bien fuese porque no sabían adaptarse a las condiciones del clima o bien porque no hubiesen observado con atención las costumbres de los lugareños, los ejércitos del Tío Sam se empeñaban en moverse de día y dormir de noche, con lo cual no lograban ni avanzar ni dormir mucho, para regocijo de los champiñones.

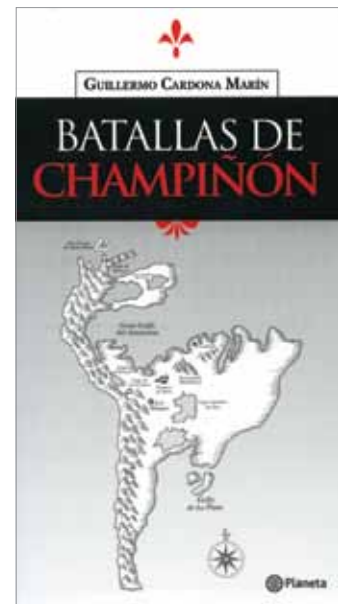
De resultas de esta extraña conducta en aquellos parajes, los batidores del general Roedor pudieron mantener vigilados a las huestes del Imperio, mientras los oficiales del Estado Mayor afinaban la estratagema que tenían preparada para atraer su atención y llevarlos en la dirección deseada.

Tres días después de avistar al enemigo, al mediodía del jueves 13 de enero del 137, la Primera División del Imperio se adentró por el sector noroeste de una explanada de más de cuarenta kilómetros. En el extremo este, el general Roedor dispuso la visible presencia de un batallón, al mando del coronel Sergio Capybara de la Serra de Maracaju, que vivaqueaba a la sombra de un bosque de imponentes umbuzeiros.

El coronel Capybara conocía como pocos la región y era el único de estas vastas y desoladas tierras que tenía asiento en el Senado. Sin embargo, el general Roedor no logró convencerlo de asumir el mando de uno de los dos regimientos que integraban su Ejército en el Golfo del Amazonas.

—No es modestia ni cobardía, general—le dijo—. Reconozco que he estudiado algo de estrategia militar y he sido subalterno vuestro en la Guardia Civil, pero de allí a dirigir un regimiento hay un abismo. Entiendo que jamás le he hecho daño a nadie y me mareo con sólo ver sangre.

—Ya os acostumbraréis—le dijo Max, hasta obligarlo a asumir el mando de al menos uno de los cinco batallones que integraban el Regimiento de Caballería.



Editorial Planeta.
207 páginas.
\$29.000

Cuando el coronel Capybara y sus hombres divisaron a lo lejos al ejército invasor, sin pensarlo dos veces, montaron en sus cabalgaduras y partieron al galope, enseñando las grupas, adentrándose por una hondonada que se dirigía al nordeste, directamente a las fuentes de brea que borboteaban en el piedemonte de la Serranía de Huanchaca, unos quince kilómetros más adelante. Las huellas del camino, sin embargo, habían sido trazadas con anterioridad por otro batallón de caballería, de manera que los hombres del coronel Capybara, que servían de señuelo, tomaron un atajo que los llevó hasta un pequeño promontorio desde el cual se dispondría el ataque.

Toda la primera división del Imperio atravesó la llanura hasta llegar al campamento en el bosque de umbuzeiros, donde no encontraron absolutamente nada y la tropa completa, marchando de cinco en fondo, se internó en la hondonada tras las huellas de los fugitivos, felices de enfrentar y exterminar lo que tenían al frente, sin importar si se trataba de una caravana de pasajeros o un contingente de soldados.

Ya oscurecía cuando los últimos hombres del Imperio llegaron a las fuentes y se encontraron con un enorme campamento que al parecer había sido abandonado minutos antes, con las consabidas tiendas de miga fabricadas con yuyos y agua salada, y cada tanto los rescoldos de cientos de fogatas, sobre las cuales se parapetaban enormes pucheros con un exquisito cocido de pescado; también hallaron porrones de vino, carne seca, pan fresco y agua dulce en abundancia.

Una avanzada de soldados a caballo siguió las huellas de los champiñones fugitivos, huellas que también habían sido trazadas con anticipación por otros dos batallones de caballería y uno de infantería que corrían hacia el sureste, adentrándose en los serrones del Mato Grosso, unas huellas que por más que cabalgaron siempre vieron fundiéndose en la distancia, hasta que decidieron regresar.

Tal como lo previno doña Cecilia Seta del Cardón del Cotopaxi, los soldados del Tío Sam mordieron la carnada y se apropiaron de las tiendas y las vituallas abandonadas. Sin que nadie lo ordenara y sin escudriñar a fondo los alrededores, en pocos minutos habían resuelto también pernoctar en el lugar, un estrecho valle de aguas putrefactas y respiraderos naturales de gas, fuentes de brea y ciénagas de aguas movedizas, donde quedaban empozados en una especie de bolsón sin salida, entregándose como corderitos a la matanza.

Al principio, el general Roedor no estaba muy seguro de utilizar una estratagema tan parecida a la de la Batalla de los Bueyes, pero doña Cecilia logró imponer su criterio.





Medellín, cero tango

Jorge Iván Arango Lopera. Ilustración Lyda Estrada

Estamos acostumbrados a oír mentiras acerca del tango en Medellín. Mentiras que se repiten todos los años por el mes de junio, el único en que se menciona el tema: que los bailarines locales son magníficos; que Medellín es una ciudad muy tanguera, segunda capital mundial de dicho género musical, después de Buenos Aires; que aquí se oye más tango que allá y se sabe más de tango; que los coleccionistas colombianos son de altísimo nivel; que tenemos academia del tango e investigadores.

Empecemos por la danza. Han proliferado las academias de baile en las que los muchachos se entrenan en todo tipo de bailes, desde el porro *avanzado* hasta el tango. Allí hacen una mezcla de piruetas y enredos que sacrifica la identidad, belleza y elegancia de cada uno de los tipos de danza. No hay ninguna individualidad, porque todos bailan de la misma manera, con las mismas maromas, los mismos gestos y, por qué no decirlo, con el mismo mal gusto. Se pierde la espontaneidad, porque todo es ensayado, adocenado: un amasijo de gimnasia, artes marciales y danza.

Siempre que veo a los bailarines de Medellín, con el estilo de tango espectáculo para turistas, me acuerdo de mi querida amiga Susana Fabrykant, recitadora de poemas lunfardos. Ella declama un poema de Osvaldo Mario Punzi, de mi especial predilección, llamado *Che Tango*, que en uno de sus versos dice: "Lo que bailás ¿es corte o es karate?". Nuestros bailarines saben muy poco de tango, casi nada. No han leído ni un solo libro de tango, no conocen las orquestas ni los cantores más representativos del género, y no tienen verdadera pasión por el tango sino por bailar; bailar cualquier cosa, incluido el mal llamado tango electrónico, pero bailar.

En cuanto a que Medellín es una ciudad tanguera, nada más falso. He asistido a cuanto espectáculo de tango viene de Argentina y nunca he visto los teatros llenos, si exceptuamos las presentaciones de los octogenarios Alberto Podestá y Juan Carlos Godoy. Este último es tratado en nuestra ciudad como una "gloria tanguera", a pesar de que fue un cantante de tercera categoría de una orquesta de segunda categoría. En una ciudad de dos millones y medio de habitantes, no resultan compradores para llenar un teatro de mil quinientas localidades; ni hay una sola orquesta de tango, ni los estudiantes de música se interesan por él. Apenas hay uno o dos bandoneonistas.

En el recién terminado Festival de Tango, vino a nuestra ciudad una de las personas que más saben de tango en el mundo: Ricardo Ostuni. Poseedor de una enorme cultura general y de una vastísima experiencia en el mundo del tango, fue desaprovechado de manera vergonzosa por los aficionados locales. Los canales de televisión, la prensa escrita y la radio hicieron caso omiso de él. En una


conferencia que dictó en Otraparte, apenas había unas 80 personas.

También invitaron a Ostuni a participar en varios conversatorios con algunos de los que aquí pasan por ser eruditos en el tema. La intervención de dichos personajes y las preguntas que al final hicieron los pocos asistentes mostraron el paupérrimo nivel que tenemos en la ciudad: no sabemos de tango; ni el público ni los *académicos*. Ostuni dictó una conferencia magistral acerca de Ernesto Sábato y el tango, apenas para 100 asistentes. Deseaba dictar otra respecto a Borges y el tango (acerca de este tema tiene escrito un muy buen libro), pero los organizadores del festival lo boicotearon para que no la diera en el Centro de Historia de Bello, celosos quizá porque esa charla no estaba en el itinerario que ellos habían planeado.

Aunque la nuestra es una ciudad tanguera, no hay escenarios en donde se pueda pasar una noche agradable oyendo tangos en voces de buenos artistas. Con Ostuni estuvimos en los dos sitios de más renombre tanguero en la ciudad: gran decepción. En uno de ellos, los infaltables *Lejos de ti* y *Sangre maleva*, en un equipo con mal sonido, hacían las delicias de los asistentes. En el otro se presentaron una cantante ya adueñada de la escena tanguera de la ciudad y un cantor desconocido, ambos presentados como grandes figuras, cuando en Buenos Aires serían, si acaso, cantantes de relleno en un espectáculo de modesta categoría. Un deplorable espectáculo que no soportamos: nos salimos en la mitad.

Para completar el desolador panorama del tango en Medellín, cada vez son menos —y de peor calidad— los programas radiales dedicados a la canción porteña. Excepto el de Rodrigo Pareja, no hay ninguno que aborde el tema con seriedad. En cuanto a investigadores, sólo hay uno en Colombia: Luciano Londoño. Por supuesto, a este no lo invitaron a formar parte del festival; no le programaron ninguna charla ni participación en conversatorios.

Para terminar, los coleccionistas: sí hay mucha gente que acumula discos del tango de los años 30 y 40, que rechaza el tango de la llamada época de vanguardia y que todavía discute si Piazzolla era bueno o malo, si hacía tango o no. Es decir, gente estancada en asuntos de hace 60 años. Existe un nuevo grupo, el de los cibercoleccionistas: al amparo de la tecnología, es posible conseguir gran cantidad de música con solo copiar un disco duro. De la noche a la mañana, cualquier persona ya se ufana porque tiene "500 gigas llenas de tango", de las cuales no conoce ni el 1%. ¡Qué distintas aquellas épocas en que se iban formando las colecciones disco a disco, conseguidos a veces con gran esfuerzo y escuchados mil veces hasta que formaban parte de la vida de uno!

Medellín, ciudad tanguera: lástima que no sea verdad tanta belleza. El tango en Medellín está muerto. 

—Quizás las tropas enemigas estén al tanto del incidente que acabó con la Tercera División —dijo la gran señora del Cotopaxi—, pero estoy segura de que ignoran detalles como el de las vinateras, que cumplieron las mismas funciones que hoy cumplen la comida, el agua, el vino y las tiendas, sólo que sin sacrificar vidas humanas. Simplemente no podrán resistirse.

Y así fue, porque aquella noche estos innobles soldados de seguro pudieron comer y beber decentemente por primera vez desde su arribo a las playas del Golfo del Amazonas.

Comieron, bebieron, se pelearon por los mejores lugares y luego del cambio de guardia de las diez de la noche, el resto de la tropa se entregó al sueño. Esperaban el nuevo día para madrugar a cazar champiñones.

El Ejército de la Confederación no atacó de inmediato. El general Roedor había discutido el asunto con su Estado Mayor y habían llegado a una conclusión: Para que la arremetida fuera letal, era imprescindible utilizar las granadas y, para ser efectivas, que dichas granadas fuesen arrojadas directamente en los pozos de brea, cuando todo el campamento estuviese dormido. Por más que le dieron vueltas al asunto, comprendieron que algunos hombres deberían permanecer ocultos en el campamento para arrojar los explosivos a la señal convenida. No podían correr riesgos lanzándolas desde lejos. En efecto, la disposición del campamento se hizo de acuerdo con las cincuenta fuentes de brea que debían ser dinamitadas y fueron cincuenta los voluntarios que se quedaron, dispuestos a dar la vida por la victoria.

A las tres de la mañana del viernes 14 de enero del 137 de la Nueva Era, el propio general Roedor, desde un promontorio a más de tres kilómetros de distancia, lanzó hacia el cielo una flecha encendida que estalló en el aire con un despliegue de colores, un tipo de flecha que había fabricado don Fortunato Iguana del Baudó, fruto de sus primeros experimentos con la pólvora, igualmente útiles para señales como para ser armas letales cuando se disparaban a poca distancia.

En cuestión de segundos, empezaron a estallar las fuentes de brea y el apacible campamento se convirtió en un infierno. La brea incandescente se elevaba en el aire y caía como lluvia de fuego sobre las inflamables tiendas de miga, donde dormía la tropa. Muy pronto las llamas envolvieron el valle y a los cinco mil hombres de la Primera División, hasta provocar la explosión de todo el material de guerra que traían.

A la noche siguiente, una vez amainó el fuego, los champiñones se acercaron al campamento a reconocer las ruinas.

El corazón se nos había endurecido, pues nadie movió un dedo para socorrer al puñado de infelices que aún seguían con vida, padeciendo el tormento de las quemaduras y el ataque de los insectos.

Con profunda consternación, el general Roedor se dio cuenta de que entre los muertos había cientos de mujeres, que podían distinguirse porque sus cuerpos chamuscados conservaban las cadenas y tenían los grilletes soldados al hueso.

En esta batalla no quedaron sobrevivientes de las tropas enemigas, porque los soldados del Imperio que acordonaban el sector fueron los primeros en caer, al igual que algunos que lograron salir del bolsón antes de que se propagara el incendio, víctimas de los dardos venenosos de varias compañías integradas por familias Insecto y Culebra. En cuanto al Ejército de Champiñón, además de los cincuenta hombres que ofrendaron su vida, de los veintinueve que quedaron en el desierto y de las más de trescientas mujeres esclavizadas que perecieron con el enemigo, no se presentaron más bajas.


—La diosa Fortuna está con nosotros —dijo doña Cecilia.

—Muy pronto llegará la hora en que el sacrificio sea necesario —le respondió con cierta pesadumbre el general Roedor.

—¿A qué os referís?

—En la próxima batalla no podremos valernos de engaños, doña Cecilia. La próxima vez tendremos que dar la pelea de frente. Los hombres de Champiñón morirán por miles.

—Estando preparados, Max. Estando preparados.

El general Roedor dejó dos compañías en el bolsón, con la misión de encontrar hasta el último de los caídos de la Confederación, para llevarlos a Los Hongos, donde se les tributarían funerales triunfales. Gloria y honor a su sacrificio y a su valentía. 





Lo que no fue

El clímax de las frustraciones puede ser más entrañable que el arrebató de los títulos. Lo que nunca fue tiene siempre una luz entrañable y guarda la extrañeza de los sueños. Colombia, la selección y el país, carga dos grandes ilusiones malditas. La primera fue nuestro Mundial Colombia 86, que se dice arrasado por las llamas del Palacio y los hielos del Ruiz, pero se perdió desde años antes. Es triste: Maradona sería barranquillero por adopción y Jean-Marie Pfaff habría dormido en Pereira. Además la primera piedra del Metropolitano la puso Turbay Ayala. Una marca nacional. Colombia fue elegida por un extraño azar pero desde el principio pareció raro jugar por allá: “Nadie quiere ir, pero tendremos que ir. Nadie puede quitarle la sede. La única solución es la renuncia”, decía Artemio Franchi, presidente de la UEFA. Y Colombia renunció empujada por la FIFA. Las exigencias de aeropuertos, estadios, autopistas y trenes en vez de ferrocarriles fueron suficientes para que el posible balón Quimbaya fuera Azteca. Belisario sentenció todo con una frase vendedora: “No se cumplió la regla de oro según la cual el Mundial debía servir a Colombia, y no Colombia a la multinacional del Mundial”. Quedó un pliego de estampillas para enmarcar. Con Naranjito como testigo y un Colombia 86 en papel sellado.

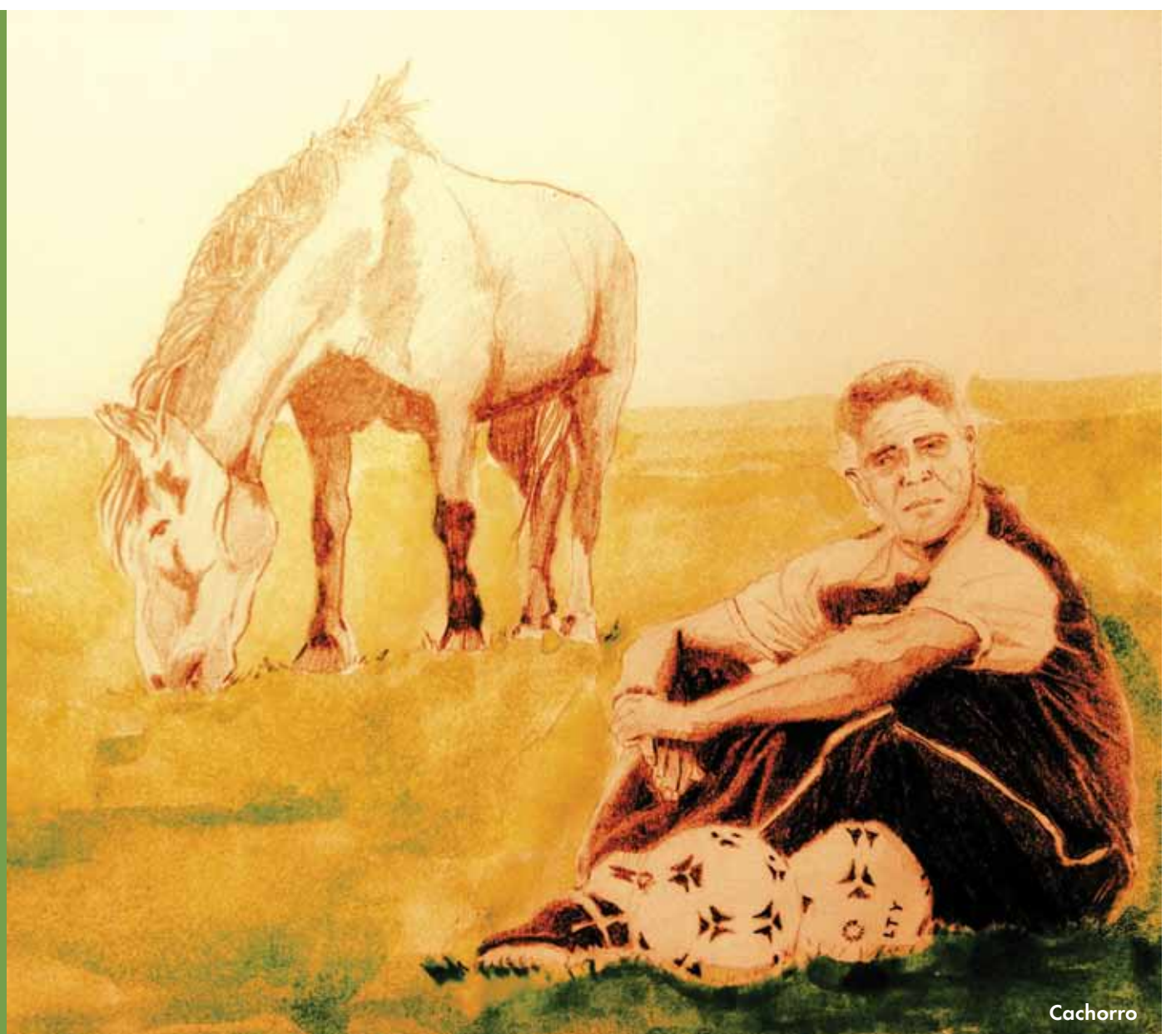
Nuestra segunda ilusión fue más cierta. Al menos mostró las garras del Cóndor y las posibilidades del Palomo. Ganamos por cinco donde se soñaba con el empate y Diomedes cantó un himno como era: yo soy mundial, yo soy mundial... Terminó como ya sabemos. Ahí queda una muestra del delirio que mereció la selección, un fresco del equipo de los sueños, empotrado en el bar La Estancia, en el Parque Bolívar, con una extraña águila de hierro cuidándole la espalda que según nuestro ojo y la mano del pintor formaba así: De pie de izquierda a derecha: Leonel, Usuriaga, Perea, Andrés, Higueta y Maturana. Inclinaos: Villa, Iguarán, Valderrama, Rubencho, Chicho Pérez y Wilson Pérez. ©



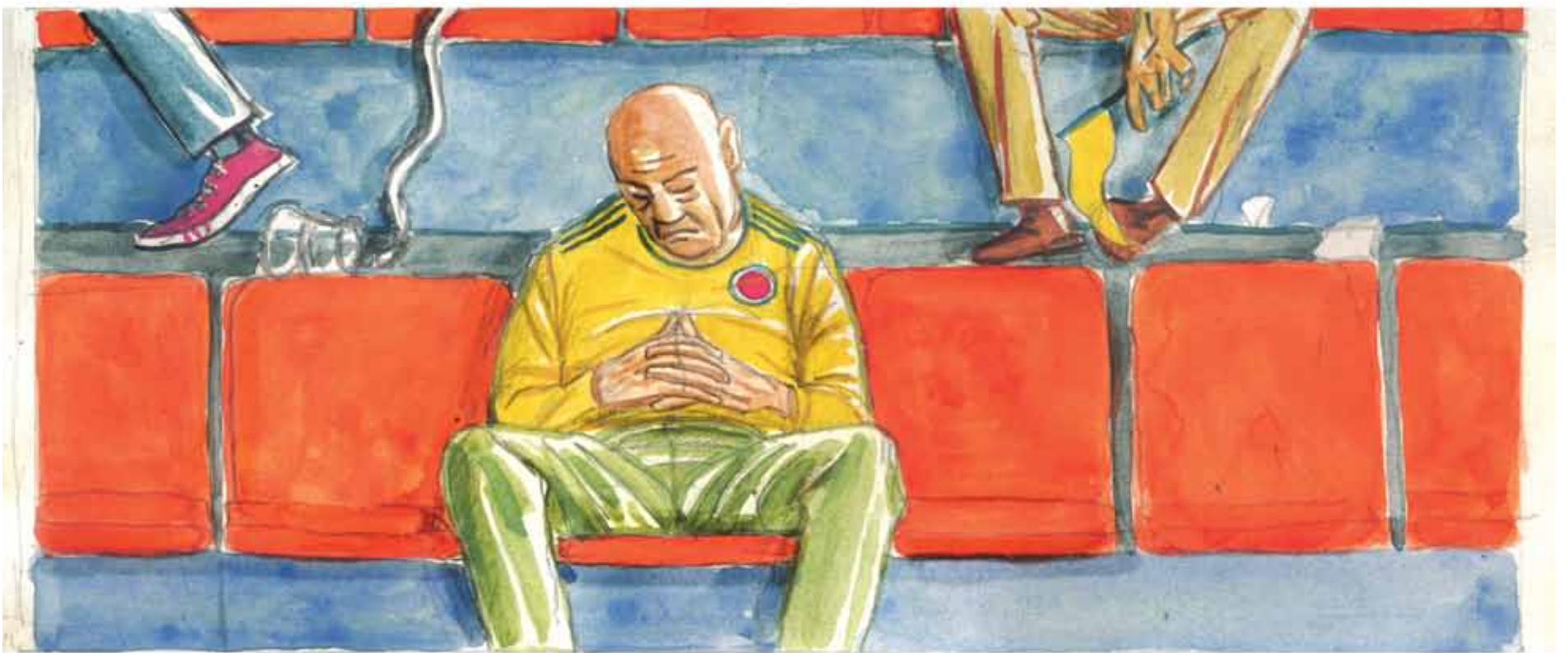
A. Monterroso

4. futbolero

Y cuando despertó,
Maturana
todavía estaba ahí.



Cachorro



*Siente...
tu Área*

*nos movemos
por el Aire*

El ruido también contamina

Área
METROPOLITANA
Valle de Aburrá